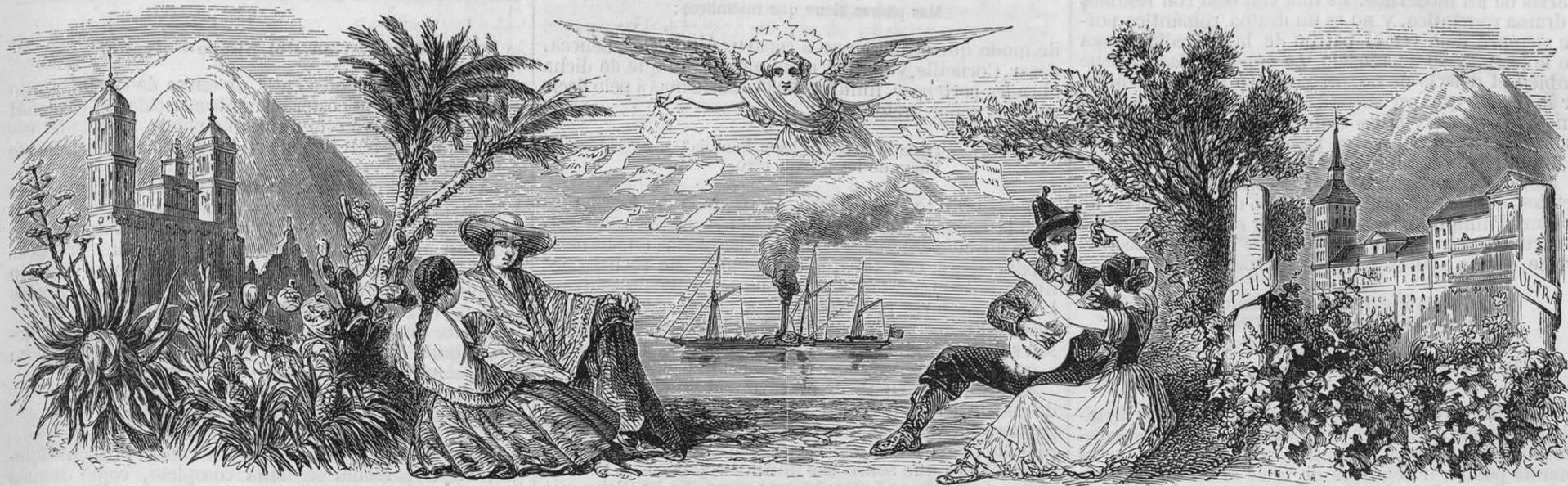


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 12. — N° 15.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

## SUMARIO :

Poetas españoles contemporáneos ; Don Francisco Martínez de la Rosa. — Estadística del Sacro-Colegio. — Ejército inglés. — Don Juan de Lanuza ; leyenda. — Historia de la Semana ; grabados. — De las doce á las dos, episodio histórico. — La Isla de Java ; grabados. — La venganza de los difuntos ; conclusion. — Naufragio y salvamento de la Indiana ; grabados. — Narracion de una catástrofe. — Fuga de madama de Laroche-jacquelin. — Anécdotas. — Boletín científico ; grabado.

las composiciones de su género, y no es extraño, porque como la forma en la poesía, es una circunstancia tan esencial que realza ó destruye el relieve de las ideas, y solamente los verdaderos hombres de genio llegan á dominarla, se explica bien como un concepto altamente epigramático en Marcial nos parece insípido en el señor Martínez de la Rosa. Pero es el caso, que no satisfecho este señor con escarbar en el depósito de las ideas, que desde la civilizacion de los indios y los egipcios ha venido amontonando en forma de libros la in-

teligencia humana, no contento digo, con apropiarse un concepto, necesita además tomar el plagio como tema para producir malísimas variaciones. Me acuerdo, á propósito de esto, de uno de los mencionados epitafios, que dice así :

« Aquí Fray Diego reposa ;...  
Y jamás hizo otra cosa. »

El pensamiento que este pareado envuelve, se pierde, como suele decirse, en la noche de los tiempos. No sé si Noé lo transmitió á sus descendientes como un residuo de los tiempos antediluvianos, pero puedo asegurar que despues de haber recorrido casi todas las lenguas muertas, ha viajado por casi todas las lenguas vivas, siendo tan conocido y popular en nuestra patria hace muchos años que nuestros abuelos lo legaron como cosa muy antigua á nuestros padres. El señor Martínez de la Rosa, sin embargo, nos lo da por original, y no satisfecho del plagio, nos ofrece esta in-calificable variacion :

« Aquí yacen dos maestrantes  
Ocupados como ántes. »

Y nadie dudará que este epitafio es mas malo que el anterior, puesto que siendo plagio de otro plagio, tiene además la desventaja de estar detestablemente versificado. Pero veo que voy quebrantando mi propósito de no juzgar al señor Martínez de la Rosa en el concepto de poeta satírico, y por otra parte ya es hora de considerarle en el de poeta dramático, aunque no es mucho lo que pienso decir sobre este asunto, el mas estéril de cuantos hasta aquí han podido caer bajo el dominio de la critica.

El autor del *Edipo*, la *Conjuracion de Venecia*, la *Viuda de Padilla*, ¡Lo que puede un empleo! y otras varias producciones inferiores á estas, no es un poeta trágico, ni un

## Poetas españoles contemporáneos.

D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

No quiero detenerme á probar que el señor Martínez de la Rosa no es un poeta satírico á pesar de los esfuerzos que ha hecho por brillar en el género epigramático, porque lo juzgo inútil en atencion á que bajo este concepto hasta sus mismos amigos han reconocido su incapacidad. En efecto, si fuésemos á examinar su obra titulada *el cementerio de Momo*, podríamos citar muchos epitafios que tienen grandes pretensiones epigramáticas, pero tambien veríamos que si alguna vez el autor ha conseguido su objeto, ha sido recurriendo al plagio ; y no lo repruebo enteramente á pesar del horror con que he mirado siempre este delito de lesa-moralidad en el imperio de las bellas letras, porque, francamente, cuando un hombre se toma la libertad de dirigir al público la palabra, sea en prosa ó en verso, verbalmente ó por escrito, debemos temer que gaste el tiempo en no decir nada ó en decir algo malo. Vale mas que diga alguna cosa, y sobre todo, que diga algo bueno, aunque nada de lo que diga sea suyo. No se crea por esto que los epitafios del *cementerio de Momo* merezcan llamar la atencion entre



El domingo de Ramos en Tolon.

poeta dramático, ni un poeta cómico, del mismo modo que, como llevo dicho y demostrado ya, no es un poeta lírico, ni épico, ni satírico, ni nada que se lo parezca. *El Edipo* es una colección de reminiscencias de todas las tragedias que con este título han visto la luz pública desde Sófocles hasta Voltaire, pero sin ofrecer en su conjunto la sencillez de los antiguos ni las bellezas literarias de los modernos. Es una tragedia con resabios de drama romántico, y no es un drama romántico porque siempre deja ver el patron de la tragedia griega que le ha servido de modelo. *La viuda de Padilla* tiene también el defecto de no pertenecer á ningun género, por lo mismo que pertenece á todos desde la tragedia al sainete: la heroína de los Comeneros tiene en esta obra el corte de una rabanera, el padre de Padilla es en ella un tonto, Mendoza un mentecato, y en medio de que su fin moral parece encaminado á contentar á todos los partidos, el autor ha tenido el talento diplomático de no agradar á ninguno. Si no fuera por el temor de dar á este artículo mayores dimensiones de las que el asunto merece, citaría aquí muchos versos como estos:

¿De una mujer ilusa y delirante  
La momentánea cólera te arredra?

— ¿He de sufrir su enojo?  
— Pues perezca,

Versos que no carecen de entonación, pero sí de dignidad; pues mas que á una tragedia sería parecer pertenecer á la del Manolo, y seguramente que hasta por el asonante podían ir seguidos de estos otros que con razón han alcanzado en el tono sainetesco una gran celebridad:

— Que mi honor vale mas de cien ducados.  
— Ya te contentarás con dos pesetas.

Hay un drama del señor Martínez de la Rosa que produjo en su tiempo mucho efecto, y es *la Conjuración de Venecia*; pero á pesar del efecto que produjo es quizá la composición ménos importante de su autor. Este drama es una aglomeración de todos los malos resortes que tocó el romanticismo para horrorizar al mundo, pues baste decir que el señor Martínez de la Rosa echó mano hasta del tormento, haciendo salir á la escena un personaje con los brazos descoyuntados; y mis lectores comprenderán que empleando recursos tan terribles, nada hay mas fácil que producir efectos en el teatro. Pero á esta circunstancia agrega el drama la parte patriótica, lo que era muy importante en la época en que se dio á luz. En efecto, debemos tener en cuenta que en aquel tiempo el pueblo español acababa de sacudir una cruel y larga pesadilla. Al desplomarse el edificio levantado por Calomarde, se despertó el generoso entusiasmo de las ideas nuevas, proscribiendo todos los elementos de la antigua tiranía. Don Francisco Martínez de la Rosa encontró las pasiones exaltadas en favor de la libertad; los ánimos irritados contra el yugo que acababa de romperse; en una palabra, los corazones ebrios de patriotismo; éntonces fué cuando dió su *Conjuración de Venecia*, llena de anatemas contra los tiranos y contra la inquisición; plagada de alusiones favorables al nuevo cambio político, vaciada, por decirlo así, en la turquesa de las exigencias revolucionarias, ¿cómo podía éntonces dejar de aplaudirse? Pero sométase de nuevo á la prueba ese drama tan bien recibido en los primeros años de la llamada regeneración política; póngase en escena hoy que el entusiasmo patriótico se ha entibiado y desaparecido el gusto á las exageraciones románticas, y apuesto cualquier cosa á que todo lo que en algun tiempo excitaba el sistema nervioso de los espectadores, hace en el día reír ó hostezar. En suma, *la Conjuración de Venecia* es un mal drama de circunstancias, con todos los defectos y sin ninguna de las bellezas de la escuela de Víctor Hugo; es un folleto contra el tormento, pero folleto de brocha gorda, sin novedad ni estilo, que solo se recomienda por una circunstancia, y es que no tiene tan mala verificación como las demás producciones dramáticas del autor, lo cual se concibe bien sabiendo que dicho drama está escrito en prosa.

No es mas afortunado el señor Martínez de la Rosa en el género cómico, que también ha ensayado firme en su propósito de recorrer como su amor ideal todas las flores del pensil literario. Su comedia titulada *la Niña en casa y la madre en las máscaras*, no merece siquiera los honores de la crítica, y lo que puede un empleo, es hija del mismo padre. Esta última, sin embargo, tiene algun colorido aunque falso; pero ¿es verosímil aquel don Meliton que de todo prescinde ménos de llenar la panza? Y no porque no sea posible el carácter de este personaje, pues en nuestros días han figurado mas de cuatro Melitones como el del señor Martínez de la Rosa, sino porque no todo lo que es posible en el mundo es verosímil en el teatro, y cuando el arte no sabe dar el preciso atractivo á las creaciones de la imaginación, hasta los fenómenos mas naturales y comunes toman el aspecto de la excepcion ó del absurdo. Lo que nos repugna en el mencionado don Meliton, no es el tipo, sino lo recargado de este, porque es ridículo el modo violento con que el tal hombre abjura sus ideas por un destino, como son de mal tono las groserías que se permite contra sus mas queridos amigos, y como, en fin, es inconcebible la excesiva credulidad con que da fe á una noticia que ni siquiera se presenta autorizada con el sello del correo. Todo esto como llevo dicho tiene falta de preparación, y está desenvuelto tan pobremente, que se resiente de una palidez mortal á pesar de los sentimientos democráticos que parecen haber inspirado

dicha producción, y de muchas palabras atrevidas que serian hoy denunciadas en concepto de sediciosas.

En resumidas cuentas, todas las obras dramáticas del señor Martínez de la Rosa son inferiores al *Edipo*; y esta tragedia, como ántes indiqué, es obra de tantos ingenios, que bien pudiera aplicársele aquel verso de Quevedo á doña Dinguidaina:

Mas padres tiene que miembros;

de modo que si fuésemos á repartir á Sofócles, Séneca, César, Corneille, Voltaire y otros muchos lo que de dicha obra les pertenece, nunca quizá vendría mas á pelo decir como el señor Breton:

¿Que le queda al buen Pantoja?  
Fuera de los nueve cero.

A pesar de todo, lo repito, la tragedia de *Edipo* merece la pena de verse, y yo quisiera que el autor hubiera zurcido del mismo modo cosas ajenas en sus otras producciones, con tal que apelando á este recurso nos hubiera dado cosas mas agradables, porque en este caso la crítica estaria reducida á decir: « las obras dramáticas del señor Martínez de la Rosa son buenas, pero no son tuyas, » y á él le quedaria el consuelo de contestar: « mis obras no son mías, pero son buenas. »

No faltará quien tache de severo el juicio que acabo de emitir acerca del señor Martínez de la Rosa, y por mi parte confieso que no he pecado quizá de indulgente; pero á las razones que he dado ya para no gastar contemporizaciones que sobre ser inútiles repugnan á mi carácter, tengo que añadir algunas otras. Ya he dicho que este literato goza de una reputación colosal, y á los autores debe juzgárseles con arreglo á la importancia que han alcanzado con sus obras. He dicho también que el señor Martínez de la Rosa, jactándose en sus notas y advertencias de haber escrito por pasatiempo, limado bien sus escritos y escogido lo mejor para darlo al público, ha renunciado al derecho de quejarse cuando la crítica examine sus obras con el rigor que ordena el amor á la verdad. Ahora debo añadir, que dicho señor no contento con buscar en la práctica la realización de sus ilusiones, ha pretendido ser autoridad en la teoría; es decir que ha publicado una obra didáctica con el título de *Arte poética*, y no hay hombre de conciencia que pueda disimular los defectos en los que han dado reglas para evitarlos. ¿No es, pues, sensible, que gozando el señor Martínez de la Rosa una fama inmensa como poeta, y siendo además preceptista, encontremos sus obras tan distantes de la perfección? Porque es menester decirlo; el autor de quien voy hablando, no solo ha pecado por su falta de inspiración, en lo que nos ha hecho ver que no ha nacido poeta, sino hasta por la infracción de las reglas mas conocidas y respetadas de todos los principiantes. Por ejemplo, se dice que deben evitarse con cuidado las cacofonías, y entre otras muchas que hallamos en este autor, podemos citar la siguiente que se halla en la composición titulada *la mansion del amor*:

El aura semillas lleva,

defecto que hubiera podido evitarse diciendo:

Semillas el aura lleva.

Es también regla muy sabida la de que en los romances debe procurarse que los asonantes inmediatos no sean consonantes, y el señor Martínez de la Rosa, sin embargo de ser preceptista, incurre con mucha frecuencia en esta falta imperdonable. Así hallamos en uno de sus romances la siguiente cuarteta:

Los grandezuelos descubren  
Mas dañadas intenciones,  
Y en vez de inocentes juegos  
Aguzan flechas y arpones.

Pero este defecto es de marca mayor en la comedia titulada *la niña en casa*, donde hallamos nada ménos que tres consonantes seguidos por asonantes, verbigracia:

Dió una noticia importante  
Y es que á Cádiz ha llegado  
Correo de Veracruz.  
— Ya estaba yo con cuidado  
Sin noticias de mi padre.  
— Pues mi dichoso cuñado, etc.

Fáltame decir que este autor tan purista y preceptista tiene alguna vez, y sobre todo en los versos, faltas de lenguaje, y para demostrarlo me bastará citar los versos siguientes del *Edipo*, en que comete uno de los galicismos mas garrafales:

¿De cuando á acá los dioses inmortales  
Amparar la inocencia han defendido?

¿Quiere esto decir que don Francisco Martínez de la Rosa carece de talento? No por cierto. Me complazco en repetir que reconozco en dicho señor una inteligencia estimable y una instrucción poco comun. Su obra histórica publicada bajo el título de *Espíritu del siglo*, á pesar de sus paradojas y de la sistemática parcialidad con que en ella se desfiguraron los hechos es un trabajo respetable por muchos conceptos. No se distingue por un estilo brillante aunque á veces peca de florido, pero su prosa es fácil y correcta; y si al considerar solamente los versos del señor Martínez de la Rosa la conciencia se reacciona contra el renombre de poeta que ha alcanzado sin merecerlo, al leer sus obras en prosa es preciso pa-

gar el tributo que se debe á un apreciable literato, y confesar como anteriormente he manifestado, que dicho señor ocupa dignamente un lugar en la Academia. Creo haber hecho justicia á don Francisco Martínez de la Rosa.

J. M. VILLER GAS.

#### Estadística del Sacro-Colegio.

Los capelos vacantes en 1º de enero de este año eran siete, y la muerte posteriormente acaecida del cardenal Diepenbrock elevó este número á ocho; pero todas estas vacantes se han llenado en las promociones del siete del corriente.

La edad avanzada de muchos de estos príncipes de la Iglesia ofrece la probabilidad de algunas vacantes próximamente; y no es de presumir que todas ellas se llenarán al momento, porque no está en las prácticas de los Soberanos-Pontífices el tener el Sacro-Colegio completo; generalmente se reservan algunos capelos para las circunstancias imprevistas y urgentes.

Se sabe que el número de miembros del Sacro-Colegio se halla fijado por las constituciones pontificales en el de setenta, divididos en tres órdenes, á saber:

El de los obispos, compuesto de seis;  
El de los curas, compuesto de cincuenta;

El de los diáconos, compuesto de catorce.

De los setenta cardenales de que consta el Sacro-Colegio, cuyo personal se halla completo, como hemos dicho,

Seis pasan de la edad de ochenta años;

Trece llegan ó pasan de los setenta;

Diez y nueve cuentan de sesenta á setenta años;

Veinticuatro se hallan entre los cincuenta y sesenta;

Y ocho tienen de cuarenta á cincuenta.

El decano por la edad es el cardenal Oppizoni, que ha cumplido ya los ochenta y cuatro años, y lleva cincuenta de cardenalato.

El mas jóven es el cardenal Andrés, que nació en 1812, y por consiguiente tiene ahora cuarenta y un años.

Quedan todavía dos cardenales del tiempo de Pio VII; el cardenal Oppizoni, primero de la orden de los clérigos, y el cardenal Riario-Sforza, primero de la orden de los diáconos.

Viven tres de la creación del papa Leon XII, que son el cardenal Macchi, primero de la orden de los obispos y decano del Sacro-Colegio; el cardenal Fransoni y el cardenal Barberini.

Treinta y cinco han sido promovidos por el papa Gregorio XVI, y treinta por el papa actual Pio IX, que como se ve ha renovado en siete años casi la mitad del Sacro-Colegio.

Cincuenta y cuatro cardenales pertenecen á la Italia é islas adyacentes, y solo diez y seis á las demás naciones.

Los cincuenta y cuatro cardenales italianos se dividen del modo siguiente entre los diferentes Estados de la península:

Treinta y tres son romanos de nacimiento ó por adopción;

Siete son piemonteses;

Siete napolitanos;

Cuatro pertenecen á las provincias del reino Lombardo-Veneto;

Y dos á la Toscana.

Los diez y seis cardenales no italianos pertenecen á las naciones siguientes:

Seis á la Francia, sin contar dos originarios de Córcega;

Tres al Austria, sin contar cuatro nacidos en sus posesiones italianas;

Dos á la España;

Dos á Portugal;

Uno á Bélgica;

Uno á Inglaterra;

Y uno á Prusia.

Veintisiete cardenales, comprendiendo entre ellos á Brunelli y Viale-Preta, residen actualmente en Roma y toman una parte principal en el gobierno espiritual de la Iglesia católica, así como en el gobierno temporal de los Estados-Pontificios: todos ellos son italianos.

#### Ejército inglés.

« Toda la infantería inglesa, exceptuando los cuerpos escoceses que han conservado el traje pintoresco de sus montañas, lleva todavía la casaca de faldon largo y estrecho. El regimiento de carabineros está vestido de verde y los demás usan el traje encarnado. Los granaderos de la guardia gastan la gorra de pelo, y los demás cuerpos del ejército el shako; en general el uniforme, equipo y armamento inglés, es casi el mismo que se usaba hace 40 años; pero no obstante los grandes obstáculos que el espíritu de reforma encuentra, los esfuerzos que hoy hace el príncipe Alberto para introducir la túnica y el casco de las tropas alemanas, podrán muy bien acabar por vencer la oposición de los viejos generales, ahora sobre todo que el mas ilustre de ellos no existe ya, para resistir con la autoridad de su larga experiencia y de sus gloriosos servicios, á las innovaciones de origen extranjero.

Cada regimiento lleva escritos en sus banderas los

nombres de las grandes victorias á que asistieron. Dichas inscripciones se hacen por medio de una real orden. Entre los títulos de gloria que de esta manera figuran en los estandartes británicos, algunos hay por cierto cuya legitimidad es contestada, puesto que se refieren á batallas de dudoso desenlace.

Suelen también instituirse medallas en recuerdo de las campañas más memorables, como las de la península y Waterloo, tienen derecho á llevarlas todos los que concurrieron á dichas funciones. No existen otras condecoraciones en el ejército inglés, á no ser el orden militar del Baño, que solo se concede á los gefes y generales. Esta orden comprende tres categorías, á saber: grandes cruces, comandadores y caballeros.

Las tropas inglesas en campaña marchan seguidas siempre de un inmenso convoy que transporta el bagaje, municiones y víveres del ejército, no llevando el soldado encima, como en otros países, sus víveres y utensilios de campaña, y sí solo sus prendas de vestuario. Los inconvenientes de este sistema han sido señalados frecuentes veces. El más grave es el embarazo y confusión que ocasionan tan numerosos parques y de donde resulta indispensable la lentitud de los movimientos de avance y la dificultad de los de retirada.

La experiencia en las últimas guerras ha probado que los soldados de los demás ejércitos europeos, á pesar de la mayor carga que llevan con respecto al inglés, hacían marchas más largas y sostenían mayores fatigas.

La constitución británica exige á los ciudadanos de los alojamientos militares. El rey Carlos I, queriendo obligar á sus súbditos á alojar tropas, sublevó en todo el reino un grave descontento, y la revolución que más tarde le costó el trono y la vida debió en gran parte su origen á este sentimiento nacional, explotado hábilmente por la oposición parlamentaria. Los ingleses de hoy son tan celosos de este privilegio como sus antepasados.

El ejército no está unido á la nación por aquellos vínculos íntimos que en otras partes. El soldado inglés, reputado como mercenario, obtiene por consiguiente poca simpatía de parte del pueblo.

Sin embargo raras veces ocurren riñas ó conflictos. La severidad de la disciplina y los reglamentos que prohíben llevar armas fuera de los actos del servicio, contribuyen mucho á mantener, al menos en apariencia, la buena armonía entre las clases civiles y militares.

Los regimientos ingleses tienen muchos soldados casados cuyas familias ocupan un lugar separado en cada cuartel. El duque de Wellington, convencido de los inconvenientes de semejante costumbre, quiso remediarlos; pero sus esfuerzos fueron estériles.

El espíritu de cuerpo, resorte el más enérgico de la fuerza militar, existe en alto grado entre los ingleses. Cada regimiento conserva primorosamente sus tradiciones, y tiene su historia escrita día por día, sin omitir el menor detalle.

Los soldados y sargentos que la edad ó los achaques inutilizan para el servicio activo, reciben una pensión ó sueldo de retiro. Se les designa con el nombre de *pensionarios*. Cierta número de ellos tienen admisión en el hospital militar de *Chelsea*, cerca de Londres. Los demás pueden residir donde mejor les convenga, pero los que aun pueden llevar las armas, están obligados á servir en clase de tropas de reserva ó de policía, si se les necesita. En varias circunstancias los pensionarios fueron formados en regimientos y empleados como auxiliares del ejército activo y de la milicia en el interior del reino.

Aunque el ejército inglés solo se nutre de voluntarios, el soberano tiene sin embargo el derecho de llamar al servicio militar todo soltero en estado de llevar las armas. Este derecho le es conferido por la ley de disciplina (*mutiny act*) que el parlamento vota todos los años. Pero esta disposición legislativa nunca ha sido aplicada, y el día en que esto se intentase, la opinión pública se produciría tan unánime y enérgica contra una medida tan opuesta á las costumbres nacionales, que no hay gobierno que se atreviese á pasar adelante.

Muy notable fué en el año pasado la fuerte oposición que por parte del país entero encontró el *bill* sobre milicia. La idea de un sorteo, aun para un servicio *sedentario*, repugnaba á los instintos británicos. El ministro Russell, autor de este proyecto, fué derribado, y el gabinete que le sucedió, tuvo que modificar la proposición para hacerla adoptar; sin embargo los enganches voluntarios forman hoy la base de dicha milicia lo mismo que en el ejército activo.

Después que las discusiones parlamentarias han hecho conocer los detalles de la organización de la milicia, inútil es extenderse aquí sobre este asunto; pero los hombres competentes ven que esta reserva no basta para suplir en caso necesario á la insuficiencia del ejército permanente.

Los crímenes y delitos perpetrados en el ejército son juzgados por tribunales militares llamados *cortes marciales*, y casi idénticos á nuestros consejos de guerra. El comandante en jefe los convoca y designa los oficiales que han de constituirlos. La mayor parte de las penas aplicadas por dichos tribunales en materias criminales, causan la degradación de los militares sentenciados. En otras épocas el castigo llamado de las *baquetas*, se usaba frecuentemente por faltas contra la disciplina. Pero hoy este castigo bárbaro y depresivo se aplica en pocos casos, lo cual es una concesión á la opinión pública.

No terminaremos el presente artículo sin añadir al cuadro que del ejército inglés acabamos de presentar á

nuestros lectores, una breve noticia de las tropas que militan en las Indias orientales, las cuales, por más que estén al sueldo de una compañía comercial, no por eso dejan de constituir parte esencial é integrante de las fuerzas del imperio británico.

Además de los 30,000 hombres del ejército real, (*queens-troops*) que alternadamente destacadas de la metrópoli, ocupan las tres grandes provincias de la India oriental inglesa, cada una de estas tiene tropas indígenas y europeas, regulares á irregulares, organizadas y denominadas de la manera que sigue:

#### Distrito de Bengala.

Un cuerpo de guardias de corps del gobernador general.

Diez regimientos de caballería regular.

Diez y ocho id. de caballería irregular.

Dos regimientos de infantería europea.

Setenta y cinco regimientos de infantería indígena.

#### Distrito de Madrás.

Ocho regimientos de caballería regular.

Dos regimientos de caballería europea.

Cincuenta y dos regimientos de infantería indígena.

#### Don Juan de Lanuza.

JUSTICIA MAYOR DE ARAGON.

#### LEYENDA.

(Conclusion.)

Tanto horror pide venganza,  
De Dios la suprema ley  
Hasta los tronos alcanza,  
Y pesan en su balanza  
Tanto el paria como el rey.

El monarca castellano  
Ve la sombra de Lanuza  
Con la cabeza en la mano  
Que ante sus pupilas cruza  
Siempre diciendo: ¡Tirano!

Y el tirano está sumido  
En el lecho del dolor,  
Y aunque no lanza un gemido,  
Causa angustia, causa horror  
Con su gesto retorcido.

Los ojos frecuentemente  
Con afán penoso cierra  
En vano; siempre presente  
Ve el espectro que le aterra  
Pues clavado está en su mente.

Sobre el pecho gravitar  
Siente un peso como peña;  
No le deja respirar,  
Y en sacudirlo se empuña,  
Y no lo puede lograr.

La mano mover intenta  
Para rechazar sangrienta  
La fantasma que le embiste  
Y la mano se resiste  
Y su albedrío violenta.

¡Un rey de tanto heroísmo!  
Un rey que abría á los piés  
De cualquier otro un abismo,  
Hoy obedecido no es  
Ni siquiera de sí mismo.

No puede hablar y hablar quiere:  
Su lengua paralizada  
Ni una palabra profiere,  
Que si alguna empieza, muere  
Antes de ser pronunciada.

Próximo, en fin, á espirar,  
Frio casi como hielo,  
Aun se esforzaba en hablar,  
Y Dios le quiso otorgar  
En su agonía un consuelo.

«Padre, dijo al confesor,  
En este momento extremo  
Mi contrición, mi dolor,  
Desvien de mí el furor  
Con que amaga el Juez supremo.

¡Don Juan!... ¡me sigues en pos!..  
Tiembla el labio si te nombra:  
Riegas con sangre la alfombra;  
¡En el camino de Dios  
No me interpongas tu sombra!

Más malos que mi intención  
Mis consejeros han sido.  
A su impío corazón,  
Tú, don Juan, muerte has debido  
Y servidumbre Aragón.

Los palaciegos malvados  
Que rodeaban su lecho  
Quedaron avergonzados,  
Pero el rey sintió en su pecho  
Los pesares embotados.

Poco duró su agonía,  
Pronto se rompió del todo  
La cadena que le unía  
A este vil mundo de un día  
Donde hasta la vida es lodo.

Más hasta el próster instante  
Tuvo un espectro delante  
Con la cabeza en la mano  
Y oyó una voz incesante  
Que le lamba tirano.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

#### Historia de la semana.

La semana de Pascuas se ha vengado ampliamente de las abstinencias de la cuaresma. Cacerías, corridas de caballos, bailes, espectáculos, nada ha faltado. El miércoles último, que hacia un hermoso día de primavera, hubo una soberbia cacería en la floresta de San German, en las inmediaciones de París, á la que concurrieron muchos aficionados seguidos de una numerosa comitiva de la alta sociedad. En las principales plazuelas por donde debía pasar el ciervo y sus perseguidores, se veían elegantes carretelas con muchas señoras, y entre los cazadores se distinguían varias amazonas vestidas con un traje particular, esto es, con una chaquetilla verde con galones de oro y sombrero blanco con largas plumas, traje copiado del que llevaban las señoras nobles que iban de caza en tiempo de Luis XV, y que realiza sobremedera la hermosura femenina. El día se pasó alegremente, pero la crónica no cuenta cuál fué el resultado de la lucha; es probable que el ciervo hizo lo mismo que los cazadores, á saber: irse á acostar tranquilamente cuando llegó la noche.

Hoy domingo, si el tiempo lo permite, como dicen en España los carteles de toros, habrá una famosa corrida de caballos en La Marche, en la que se hallarán tantos y tantas de los que en la sociedad parisiense están atacados de la anglomanía.

La semana de Pascuas ha traído á París la muchedumbre ordinaria de cómicos de provincia que acuden á la capital á buscar ajuste. La Rusia, no contenta con lo que posee, y posee nada menos que la compañía italiana que por tantos años hizo las delicias de París, así como varios artistas del Teatro Francés, ha enviado un comisionado para llevarse gente, actores, músicos, pintores, etc., etc., como si el Emperador de todas las Rusias tuviese el pérfido designio de trasladar la capital de las artes á las heladas márgenes del Neva.

Causa extrañeza y terror al mismo tiempo el ver el afán con que San Petersburgo le disputa á París sus celebridades. Hace medio año un retratista francés de los más afamados quiso dar un paseo por la Rusia, donde solo pensaba residir el tiempo que se gasta en un paseo, dos ó tres meses, pero el artista había contado sin la huésped. La sociedad moscovita le recibió con tanto favor y benevolencia, su nombre se puso tan en moda, y son tantos sus parroquianos que, para cumplir con todos ellos, quizás deberá pasar allí el resto de su vida.

La aristocracia rusa lleva hasta el extremo el furor de reproducirse en pintura; los grandes señores de ese país no pierden jamás la ocasión de mandarse retratar por un pintor célebre, y sobre todo las señoras nunca se ven hartas de retratos.

Cuéntase con este motivo que la hermosa princesa rusa Sidonia D..., en el tiempo que ha vivido este invierno en París, pasaba ordinariamente cuatro horas diarias en servir de modelo para la copia de su imagen, haciendo trabajar á un tiempo á siete pintores diferentes de los más acreditados. Cada uno de estos siete pintores le hacia un retrato de cuerpo entero, representándola en actitud y traje distintos.

Así pues, la señora princesa se ha llevado á San Petersburgo siete cuadros de su admirable persona, que podemos describir del modo siguiente:

- 1º En peinador de mañana;
  - 2º Sentada á su tocador con los cabellos despeinados;
  - 3º De amazona, montada á caballo;
  - 4º En traje de estío paseándose por frondosas arboledas;
  - 5º Vestida de baile con todos sus diamantes;
  - 6º Disfrazada con un traje histórico que llevó á una fiesta de la corte;
  - 7º Acostada y durmiendo en un lecho de raso y encajes.
- Estos siete retratos de índole diversa representaban, pues, á nuestra noble dama, seria, — alegre, — animada, — pensativa, — hablando, — con frente meditabunda, — y risueña. La princesa sostiene la tesis de que ninguna mujer puede

mandarse pintar en ménos de siete retratos, añadiendo que aun esta galería individual está muy léjos de completar un solo tipo emenino.

¡Qué buenas teorías para los retratistas!

Entretanto, la cuestion de Oriente no solo hace estragos en el mundo político, sino que produce grandes derrotas en la Bolsa.

Víctima de estos desastres financieros, ocasionados por los Dardanelos, se cita un rico advenedizo, cuya historia es bastante curiosa, aunque nada extraña en la época singular en que vivimos.

Este buen señor era hace diez años un simple carretero que andaba por los caminos reales, sin otra propiedad que la de la carreta.

había un brasero lleno de carbones apagados, lo que mostraba claramente la intencion de suicidio.

Encima de un velador había una carta cuyo contenido era el siguiente:

« Quiero matarme, porque me es insoportable la vida sin ser rico; estoy arruinado, pues apenas me quedan unos veinticinco mil francos de renta, y mas vale morir que arrastrar una existencia miserable... ¡Malditos sean los turcos! »

Sin embargo, el jugador de Bolsa tendrá que resignarse á la vida, pues los cuidados que al punto se le prodigaron concluyeron por devolverle el uso de sus sentidos.

¿Qué piensan nuestros lectores de un carretero, que en vez de estar guiando un par de bueyes, intenta suicidarse porque no tiene mas que veinticinco mil francos de renta?

ceremonia gastronómica, pero nadie se había presentado aun. Pasó un cuarto de hora, pasaron dos, dieron las ocho, y ni un alma viviente atravesaba por aquella soledad. Júzguese cuál sería la impaciencia y asombro de los consortes que estaban muy seguros de no haberse engañado al escribir sus esquelas, ni en la hora, ni en el día, ni el nombre de las personas á quienes habían querido hacer tan malhadado obsequio, sin que tampoco les quedara la menor duda de que las cartas habían sido entregadas á su debido tiempo. ¡Qué significaba, pues, aquella ausencia general tan extraordinaria, y que no podía tomarse de otro modo sino como un insulto! Por fin, á las nueve de la noche el diplomático y su señora se sentaron solos á su espléndida mesa de catorce cubiertos, sin ganas de disfrutar de las delicias de aquel opíparo festín; el marido apenas



El domingo de Ramos en la baja Normandia.

Una porcion de circunstancias, todas dichas para él, pusieron á nuestro hombre al frente de un corto capital, á cuyo beneficio trabó conocimiento en París con un bolsista que le lanzó en la carrera de la fortuna.

El ex-carretero era por lo visto afortunado, pues todo cuanto hizo le salió bien, y se cuenta que hizo sendas inocentadas, pero es sabido que todo lo que sale bien, nuestra sociedad lo califica de muy santo y muy bueno.

Al contrario, la admiracion que le profesaban rayaba en un grado superlativo, que fué proclamado el rey del famoso templo del agiotaje.

Pero no hay mal ni bien que cien años dure, como dice el proverbio. El atrevido especulador, por haber dudado de los turcos, y por haber tenido demasiada confianza en los bárbaros del Norte, ha perdido estos últimos días la mayor parte de su considerable fortuna.

Anteayer mañana, el primer criado que entró en su alcoba le encontró pálido, inanimado y yerto; á los piés de la cama

El día 1º de abril es en París lo que es en Madrid el de los Santos Inocentes, un día de chascos y de invenciones para explotar la credulidad del prójimo, y para divertirse á sus expensas.

Méiez-vous des poissons d'avril.

decía el viénes un periódico que se ha dado la mision de señalar diariamente al público vagabundo el mejor empleo que puede hacer de sus horas en París.

Que los chascos abundan este día, es de suponer; ¿cuando pierde la gente, y la gente francesa, el buen humor?

Pero hay coincidencias [singulares como esta de que vamos á hablar.

El viénes último, una docena de personas habían recibido esquelas de convite para ir á comer á casa de un diplomático que habita un hermoso palacio en uno de los mejores barrios de la capital. A las siete de la noche, los dueños de la casa esperaban á sus convidados en el salon para dar principio á la

permaneció sentado algunos momentos, cuando se levantó, se puso el sombrero, y se fué á la Opera con la esperanza de hallar allí la solucion del enigma, si daba la casualidad que se encontrase con alguno de los que le habían hecho aquel desaire.

En efecto, despues de dar dos ó tres vueltas por el salon de descanso del teatro, se encontró juntamente con uno de ellos, y entabló al punto con él el siguiente diálogo:

— No hubiera creído encontrar á Vd. aquí esta noche, caballero.

— ¿Y porqué motivo?

— Porque me figuré que debía Vd. estar enfermo; ¿no ha recibido Vd. una esquela de convite para venir á comer á mi casa?

— En efecto; pero ha de saber Vd. que no soy tan tonto que vaya á caer en esos lazos, respondió el convidado soltando una carcajada.

— ¿Cómo pues?

— Doce hemos recibido la misma carta; y lo mas curioso es

que algunos de ellos se habrían presentado inocentemente, si ayer no les hubiese yo advertido en el teatro Italiano del peli- gro que corrían.

— ¿Con qué ha sido Vd. ?...

— Yo mismo, que les he tenido lástima, porque me acuerdo de que el año pasado recibí una esquela semejante de un amigo mio, cuando fui á su casa me encontré con que el señor estaba viajando por Italia hacia mas de un mes, pero no hay cuidado, porque no me llevaré otro chasco.

La misma crónica de donde tomamos este hecho añade, para formar contraste, otro caso de 1º de abril bastante curioso :

Uno de los avaros mas célebres que hay en París, ingenioso como lo son todos, supo aprovecharse de la ocasion para pasar

En nuestra última revista dijimos, que las ceremonias religiosas de semana santa no tienen en París la pompa y brillo que en nuestros países, pero nos faltó añadir, que si bien es verdad que esto sucede en la capital, en cambio fuera de ella se conserva intacto el aparato exterior de la religion católica en esos dias solemnes lo mismo que en los otros pueblos de la cristiandad.

El grabado que va al frente de este número, representa un domingo de ramos en Tolon, donde hay la costumbre de que los niños acompañados de sus padres y de sus criados lleven á los oficios el ramo que les regalan dias ántes con este fin. Inútil será decir aquí el fervor con que aquel ejército de niños y niñas se pone en fila en la iglesia para recibir la bendición.

Pero de repente cesan los cánticos; todo el mundo se arrodilla, las frentes se inclinan humildes, y el ministro del Señor echa su bendición al pueblo.

Después de esta ceremonia, la muchedumbre se dispersa por el cementerio á regar con lágrimas los sepulcros donde reposan seres queridos, y adornarlos con ramos benditos.

Si de Francia pasamos á Sicilia, veremos como las solemnidades religiosas lejos de haber perdido su pompa tradicional, se perpetúan por el contrario con tanto ó mas brillo que en los tiempos primitivos.

En nuestra lámina que representa la procesion del santo entierro en Palermo, descubrirán nuestros lectores un aspecto de antigüedad que parece trasladar al espectador al



Procesion del viernes santo en Palermo.

por hombre desprendido, dando un convite, sin gastar un cuarto; á varias personas de su tertulia. En efecto, el dia 1º del susodicho mes envié las correspondientes esquelas con aquel motivo; aunque teniendo buen cuidado de mandar despues secretamente á cada convidado una cartita anónima sobre los peligros á que se exponen aquellos cuya credulidad no está bien alerta y prevenida contra las burlas de ese dia. Dada esa campanada, naturalmente los convidados llegaron á pensar que se les queria dar un chasco, y solo así podían ellos explicarse el generoso convite del avaro, convite que desde luego les pareció la cosa la mas inverosímil del mundo. Así pues, se abstuvieron prudentemente de asistir á la comida, que nuestro hombre se guardó muy bien de disponer, porque estaba seguro del negocio; pero al otro dia aparentó el mas vivo despecho, y se mostró muy picado en su tertulia, recibiendo muy mal la excusa que le dieron sus convidados :

— Mal pretexto han escogido Vds., les dijo enfadado; han querido Vds. hacerme una afrenta; pero esto me servirá de leccion, y juro que en mi vida volveré á dar comidas á nadie.

Hay ramos de todas dimensiones y de todos precios. El ramo es un palo forrado de papel dorado, y rizado con varios alambres de distancia en distancia de los que cuelgan dulces y confites, llevando á la punta una hermosa naranja caramelada.

Los niños pobres se contentan con bizcochos y tortas, en vez de los dulces y la naranja.

En la Normandía, el domingo de Ramos presenta un carácter mas grave; apenas resuena en los aires la humilde campana de la aldea, cuando los campesinos adornados con sus mejores atavíos se precipitan en la iglesia con cargas de laurel, de palmas y ramas de boj para que el sacerdote los bendiga.

Los fieles se reúnen en el cementerio junto al tejo antiguo y venerado que guarda el sombrío asilo de los difuntos; la procesion da una vuelta despacio por todo el cementerio sobre las piedras y la yerba que cubren los restos de sus antepasados, guiada por dos mozos que van tocando las campanillas. Después vienen el pendon y la manga adornados con guirnaldas de verdura, luego los diáconos con sus blancas sobrepellices, los sochantres, los niños de coro, y por último el cura y los fieles con sus verdes ramajes.

tiempo de las cruzadas, ó al de las famosas luchas contra los sarracenos. — En la tarde del viernes santo sacan á las calles de Palermo una imagen de madera representando al Cristo desclavado de la cruz, y metido en una urna de cristal á cuyos esquinzos superiores se ven unos angelitos dorados, cada cual con uno de los instrumentos del suplicio. Por encima de la urna sobresale una gigantesca palmarizada. El honor de llevar el santo cuerpo pertenece á los penitentes de la muerte, que van precedidos de dos soldados, y seguidos de seis guerreros que ponen encima sus manoplas de hierro para significar que se hallan dispuestos á verter su sangre por defender la urna sacrosanta. Detrás viene una Virgen arrodillada y llorando, y el arzobispo de Palermo cierra la procesion que va acompañada de una inmensa muchedumbre en actitud respetuosa; los hombres con la cabeza descubierta, y las mujeres con mantilla como en las procesiones de Sevilla ó de Madrid, da que quizás otro dia hablaremos extensamente á nuestros lectores.

MARIANO URRABIETA

## De las doce á las dos,

EPISODIO HISTORICO.

Era la una de la mañana. Bellini se sentía algo indispuesto por efecto del cansancio y quizá del exceso de felicidad que ahogaba su corazón. Había hecho llamar al médico, y según este debía consagrar una semana entera al descanso, prohibiéndole absolutamente recibir otras visitas que las de cinco ó seis amigos, cuya lista formó él mismo, y sin parar aquí el severo é inexorable doctor, dió orden al criado de que dijera á todos los que no estaban comprendidos en ella, en particular á la prima donna y á toda dama encubierta, que el señor Bellini se hallaba ausente de la corte por quince días.

Obligados por la presencia del doctor á llevar á cabo estas importantes medidas, el enfermo se reclinó sobre un canapé, el médico encendió tranquilamente su cigarro, y todos los demás fuimos haciendo otro tanto.

La conversacion despues de haber girado sobre mil diversos objetos, llegó por fin á tomar cierto carácter de gravedad. Hablóse de la religion, de los muertos, y de los melancólicos y profundos recuerdos que dejaban en pos de sí los que un día fueron objeto de nuestro amor acá sobre la tierra. Bellini pasó su mano elegante por sus hermosos cabellos, se sonrió con cierta expresion italiana, y nos dijo con una voz melodiosa á la par que modulada, con un acento ultramontano:

— Una noche se representaba en el teatro *des Varietés* una de esas bufonadas que son capaces de hacer reír al hombre mas humorado y mas sombrío del universo. Vernet desplegaba todas sus gracias y sus talentos cómicos en la relacion de una historieta de cierto aldeano, que andaba muy apurado buscando al mismo tiempo su mujer y su paraguas. En medio de la alegría general ó de repente detrás de mí una carcajada tan candorosa, tan llena de naturalidad y de dulzura, que no pude ménos de volverme para ver de donde salía aquella expresion de contento; y no fué poca mi sorpresa al encontrarme con dos preciosos labios de carmin que formaban una bellísima boca graciosamente entreabierta, acompañada de una nariz torneada, unos hermosos ojos negros y una tersa y lucida frente á la que prestaban nuevo realce dos madejas de pelo que caían con suma gracia por entrambos lados de su cabeza. Formaban el resto de esta hermosa jóven un cuello de cisne, un talle esbelto y delicado y unas manos que podrian servir de modelo á un escultor para formar la *Vénus* mas perfecta y acabada.

Ya comprenderéis que este espectáculo me hizo olvidar bien pronto el que pasaba delante de mis ojos, para consagrar á aquel mi atencion toda entera, y sin embargo puedo aseguraros que no os he descrito aun sino á medias esta belleza. Su encanto no consistía tanto en la perfeccion y en la armonía de sus facciones, como en la calma deliciosa, en el aire tranquilo y sereno que se veía derramado en todas ellas. Sin advertir siquiera el éxtasis en que al verla me habia quedado, continuaba con los ojos fijos en la escena, riéndose de tiempo en tiempo con la misma gracia y abandono que tanto me habian encantado la primera vez que la oí.

Concluida la funcion se levantó: echó sobre sus hermosos cabellos una mantilla de encaje, arreglando sus pliegues con esa gracia que solo poseen las españolas, se apoyó en el brazo de un jóven que la acompañaba y desapareció. Me figuré que en aquel momento habia perdido el teatro toda su animacion y su alegría; y me volví á mi casa poseído del recuerdo de esta angelical criatura, en cuya persona resplandecian la belleza y la felicidad mas completa.

Habia llegado ya la noche del siguiente día sin que esta encantadora imagen hubiese podido borrarse de mi memoria. Hallábame en medio de un baile, y ni lo animado de la concurrencia, ni el brillo de las antorchas, ni los melodiosos ecos de la música cuyas impresiones se unían á las que me causaba la vista de tantas bellezas, podian hacermela olvidar. De repente, juzgad cual sería mi sorpresa, la veo en medio de unas parejas. Sí, era ella, con su alegría natural y sencilla, con su viveza española. Ninguna otra colocaba con mas gracia su lindo pié sobre las tersas alfombras, ninguna ofrecía á la vista de sus admiradores una garganta y una espalda de nieve tan torneadas. Deslizándose en medio de todas con su cabeza coronada de flores de púrpura y oro, la admiracion general la aclamaba en silencio por la reina del baile.

— ¿Qué mirais con tanta atencion? Me preguntó una voz que hirió mis oídos al mismo tiempo que una mano golpeó cariñosamente mi espalda. Al volverme encontréme cara á cara con la figura fria y grave del capitán de la marina española, don Antonio de la Rivera.

— Mi contestacion fué señalar á la jóven.

— Al ver tan feliz á esa jóven, le añadí, parece que se siente un animado de esa misma felicidad. La desgracia no ha puesto nunca su mano fatal sobre esa frente risueña; y ni el recuerdo de lo pasado, ni la idea del porvenir, han turbado jamás esa alegría que parecen haber respetado todos los sinsabores, todas las inquietudes.

El capitán despues de mirarme con una amarga sonrisa, me respondió con ese aire conciso y resuelto de todo el que está habituado al mando.

— Veo que la conozco mejor que vos.

— ¿La conocéis, la habeis visto alguna vez en el mundo? — exclamé. — Capitán, espero de vuestra amistad que me presentéis en su casa, ó que me proporcioneis un amigo á quien pueda ser deudor de tan gran ventura.

— Con que vos, — me replicó el capitán, — ¿la creéis la mas dichosa de las mujeres? ¿Imagináis que nunca ha sido víctima de algun infortunio? ¿Vuestro corazón os dice que las lágrimas no han corrido jamás por sus mejillas, ni la palidez ha descompuesto su hermoso semblante?

— Con esa alegría, con esa calma, con esa serenidad inalterable, ¿cómo podria haber concebido jamás un pensamiento triste!

— Pues miradla, — me dijo, — mirad bien á esta feliz mujer.

Al decir esto se adelantó hácia ella y la saludó. Una palidez mortal eclipsó de repente las hermosas facciones de la jóven española que le alargó la mano en medio de un temblor convulsivo.

— No creo que mi vuelta á Paris deba ser para vos un motivo de pesar, — le dijo el capitán para tranquilizarla, al ver que le faltaba poco para desmayarse.

La jóven pasó al momento la mano por la frente y cubrió con ella sus ojos por algunos segundos. Al descubrirse ya no quedaba en su semblante la mas leve señal de aquella terrible emocion; su boca sonreía con la misma gracia que antes, y sus piés volvieron á deslizarse de nuevo sobre el pavimento.

Al instante pasé mi brazo por debajo del del capitán, y llevándole hácia una esquina del salón: — En nombre de nuestra amistad, le dije, contadme la historia de esta mujer.

— ¿De esta criatura feliz, que jamás ha conocido el infortunio? Con el mayor gusto: sentémonos aquí, echemos un vaso de ponche, y escuchadme.

Habia en Lisboa un rico negociante español llamado Lopez, que se dedicaba á especular por medio del comercio y otras empresas industriales. La prosperidad de este hombre se habia hecho proverbial en la ciudad. Jamás habia naufragado ninguno de sus navíos; jamás se le habia desgraciado ninguna especulacion mercantil; y su hija Margarita estaba próxima á casarse con el hijo de un rico comerciante, amigo de su padre.

Durante diez y ocho años la fortuna derramó á manos llenas sus favores en todo cuanto hacia relacion á los negocios de Lopez, pero inconstante en sus caprichos, derribó de un soplo el edificio que ella misma habia formado. De los bajeles en que el negociante tenia, todos sus intereses en medio de los mares, unos naufragaron y otros fueron presa de los piratas; era preciso, pues, renunciar al casamiento de su hija, que ya no podia dotar. Dos años mas de contratiempos bastaron para completar su ruina, y solo le quedó de su inmensa fortuna un crédito de cinco mil duros contra una casa de comercio de Madrid; pero como esta negase el crédito, fué preciso demandárselo judicialmente, y Lopez se resolvió á salir de Lisboa.

Los procedimientos judiciales son en España mas lentos y costosos que en ninguna otra parte. Durante los tres años que duró el pleito, Lopez, su mujer y su familia, vivieron en un estado muy próximo al de la miseria, subsistiendo los tres del trabajo de sus manos. El padre redactaba cartas y documentos para algunos mercaderes de poco tráfico, y madre é hija se ocupaban en coser para las modistas de mas fama.

El adversario de Lopez le fué llevando de tribunal en tribunal, hasta que condenado en última instancia y agotados ya todos los medios de embrollar mas el asunto, tuvo que pagar los cinco mil duros. Llegó por fin una tarde en que al entrar Lopez en su casa pudo enseñar á su mujer, en medio de una indecible alegría, la cartera que contenía la suma que para ellos en otro tiempo tan ricos, ahora miserables, era un capital de mucha consideracion, una verdadera fortuna.

Despues de un breve consejo de familia para resolver el destino que se daría á este pequeño tesoro, se acordó depositarlo en poder de un comerciante, á fin de que este pudiera colocarlo con seguridad en Portugal, donde procurarian hacerlo productivo.

— Yo mismo voy al momento, — dijo Lopez. — Dentro de un cuarto de hora estaré de vuelta.

Sin embargo, una hora llegó á transcurrir sin que Lopez hubiese vuelto á su casa; su mujer y su hija principiaron á recelar de su tardanza, y fácil será concebir cuál sería su angustia y su desesperacion cuando á la hora de media noche no habia aun llegado Lopez. — Toda la noche se pasó en una mortal agonia. Al amanecer, las desdichadas fueron en su busca, pero inútilmente; y ya desesperadas recurrieron á la policia.

Habiase recogido durante la noche un cadáver herido con diez puñaladas, y al verle reconocieron con horror que este cadáver era el del único protector que les quedaba sobre la tierra. Es inútil añadir que la cartera con los cinco mil duros habian desaparecido. Sin duda algun ladron habia sabido que Lopez acababa de cobrar una suma considerable, y le habia asesinado para robarle.

La madre de Margarita no pudo resistir á un golpe tan terrible, y fué atacada de una parálisis al aspecto del cadáver de su marido. Los socorros de la ciencia no bastaron para restituir el movimiento á sus yertas manos reducidas ya al estado de insensibilidad: su razon se trastornó casi del todo; y en este estado fué preciso que Margarita consagrara todo su tiempo y todos sus cuidados á alimentarla, vestirla, velar sobre ella y socorrerla en sus continuos achaques.

Largo tiempo hacia que la pobreza era el único patrimonio de estas dos mujeres; pero á la pobreza no tardó en suceder la miseria, y con ella el frío, el hambre, la desnudez y los harapos. Margarita, precisada á estar á cada instante cerca de su madre, y á pro-

digarle toda clase de atenciones, no podia dedicarse á trabajar.

Llegó por fin un día en que les faltó un pedazo de pan que comer: la anciana madre echada sobre un mal gergón de paja, único resto de toda su fortuna, murmuraba con una voz balbuciente, y con esa sonrisa infernal que demostraba el estado de idiotismo á que se veía reducida. «Tengo hambre, tengo hambre, mucha hambre.»

Ya no le quedaba á Margarita un solo mueble, un solo vestido que vender, y sus ojos afligidos en vano buscaban en rededor suyo un medio de aliviar los sufrimientos de su madre. De repente una sonrisa de amargura se vió lucir en su semblante. Se levantó y corrió desesperada á la tienda de un peluquero francés establecido hacia poco tiempo en uno de los sitios mas públicos de Madrid.

— ¿Quereis comprar mis cabellos? — le dijo destrenzando y esparciendo sobre sus hombros unas hermosas madejas de pelo que llegaban hasta sus rodillas.

El peluquero no habia visto jamás una cabellera tan preciosa y abundante. Despues de haberla extendido sobre los hombros de Margarita, quedó esta cubierta como si la hubieran adornado con un manto de terciopelo.

Ofrecióle en el acto lo que tuvo por conveniente. Margarita aceptó sin replicar. Hacíasele largo cada momento que trascurrea antes de consumir este sacrificio, el mas doloroso quizá que la miseria hubiera podido imponerle.

Agarró el peluquero sus descomunales tijeras y las acercó á la cabeza de Margarita. Un estremecimiento horrible puso en conmocion todos sus miembros, y el condenado no puede esperar con mas agonía el golpe del hacha que lo que ella temblaba hasta oír cerrar las desapiadadas tijeras.

— En nombre de la Santísima Virgen, acabad por piedad.

— Lástima me da cortar un cabello tan hermoso y separarlo de una cabeza tan linda, — le dijo el peluquero.

— Acabad, — le replicó ella, — acabad por Dios de una vez.

— Mucho os deberá costar este sacrificio.

— Daos prisa, daos prisa, porque crec que el valor me va á faltar.

— ¿Y si yo os ofreciera, — continuó el peluquero, — un medio de conservar vuestros cabellos, no le aceptarais?

— Sin duda. Si hay alguno, decidmelo, y mi reconocimiento será eterno. Pero no, vos no conocéis mi posicion. Yo no puedo trabajar, y mi madre enferma y privada del conocimiento exige que consagre todo mi tiempo á su cuidado.

— Ya; pero el precio de vuestros cabellos apenas servirá para sacaros de apuro por una semana; y concluido este, ¿á qué recurso habeis de acudir para manteneros?

Margarita alzó los ojos al cielo con una mirada de desesperacion.

— Pues bien; si aceptais la oferta que voy á hacer, vuestra madre tendrá en adelante asegurada su subsistencia.

— Acepto desde ahora vuestras proposiciones sin conocerlas.

— Os pagaré diez duros al mes. Con esta suma os será fácil proporcionar á vuestra madre una mujer que la cuide y que esté siempre á su lado para atenderla como exige su delicada situacion, y con el resto de ella y lo demás de vuestros honorarios podréis proporcionarle todo lo demás que le haga falta.

— ¿Y qué necesito hacer para ganar esta suma?

— Poneros á despachar detrás de mi mostrador.

Poco habia que vacilar. Una oferta semejante inesperada, un verdadero milagro que Dios hacia sin duda por la intercesion de santa Margarita patrona de la desgraciada niña.

— Acepto vuestras proposiciones, — le dijo. — Vendré á despachar detrás de vuestro mostrador.

El peluquero no pudo disimular la alegría que experimentaba en aquel momento.

— Quiero probaros que los franceses son generosos en sus tratos. Hé aquí un duro adelantado. Venid mañana temprano para firmar nuestro contrato, y os pagaré en seguida un mes de vuestros honorarios.

Margarita salió de casa de este hombre bienhechor, con el corazón lleno de alegría y de reconocimiento; por la primera vez despues de la muerte de su padre podia llevar la esperanza y el consuelo á la morada de su pobre madre.

A la mañana siguiente, despues de haber descansado tranquilamente durante la noche, se fué muy temprano á casa del peluquero. Este habia hecho extender la obligacion por ante escribano, y se la leyó á Margarita, la que escuchándola apenas y sin enterarse de su contenido, anhelaba tan solo ver entre sus manos las diez brillantes piezas de plata que lucian sobre el mostrador. Todo lo que comprendió fué que sus nuevas obligaciones se reducian á estar en el almacén del peluquero desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche.

Ciertamente que era muy triste el deber que tenia que llenar. Si dos meses antes se le hubiera ofrecido espontáneamente á Margarita, lo hubiera rehusado sin fijar su consideracion por un momento en tan degradante oferta: pero habia visto á su madre próxima á morir de hambre, habia sentido ya rechinar las tijeras que iban á cortar su hermosa cabellera, y lo que en otro tiempo le hubiera parecido un tormento in-

efrual, le parecía ahora comparable á la felicidad del Paraíso. La pobreza, como dice Montaigne, es el maestro que enseña con mas aspereza, pero tambien con mas prontitud.

Todo aquel dia lo pasó Margarita feliz y contenta, ocupada en hacer compras de algunos muebles para la pobre morada de su madre. Encontró para cuidar á la enferma una mujer honrada é inteligente. En fin, la desgracia parecía haber concluido ya para ella y cesar desde entónces de perseguirla.

El dia siguiente á las ocho de la mañana se fué á casa del peluquero: este la aguardaba ya con impaciencia.

— Pasad á mi gabinete, le dijo. Allí encontraréis un traje que os he mandado hacer exprofeso; porque, añadió echando una mirada desdeñosa sobre el humilde atavío de Margarita, mi dama de mostrador no podrá presentarse al público vestida de esa manera.

El traje preparado para Margarita no era seguramente como esta lo había querido. Había en él cierta afectación teatral de lujo y de mal gusto, que la affigia. Pero al fin se lo puso suspirando, y entró de nuevo en la tienda despues de concluir esta humillante toilette.

— Ahora, dijo el peluquero, ocupémonos del peinado.

Margarita se miró en un hermoso espejo que tenía enfrente. Estaba peinada con una sencillez elegante que le sentaba perfectamente.

El artista parisiense, armado de su peine, destruyó sin piedad esta preciosa obra, y principió á hacer todo género de combinaciones para formar lo que él llamaba con tono muy enfático, un peinado digno de él. Trenzaba y destrenzaba los cabellos de la jóven, los entrelazaba con flores, los cubria de pedrerías, ó bien le ceñía una diadema. Pero nada le satisfacía, y volvía á deshacer á cada momento la obra que había acabado. Margarita, sufrida y resignada, le dejaba obrar sin replicar una sola palabra, sin murmurar una sola queja.

De repente da un grito de alegría, y golpeando su frente, exclamó:

— ¡Hélo aquí! ¡Hélo aquí! Esto es.

Destrenzó los cabellos de Margarita, los peinó con cuidado, y los esparció sobre sus hombros á manera de un velo.

— Ahora, señora, idos á sentar detrás del mostrador.

— ¿Antes que me acabeis de peinar?

— Estais peinada, le replicó con fatuidad. ¿De qué otro modo podrian lucir mas vuestros hermosos cabellos? Este espefáculo atraerá delante de mi tienda á todos los curiosos de Madrid.

— No me espongaís, por Dios, á una humillacion semejante, le dijo Margarita toda encendida y sofocada de pena. Por piedad no me espongaís así al público como una muestra, porque me moriria de vergüenza.

— No quiero yo vuestra muerte, respondió insolentemente el peluquero... Y pues que vuestro orgullo es tan susceptible, devolvedme los diez duros que os he dado, y quedaremos en paz: os dejo libre de todas las obligaciones que habeis contraído conmigo.

Margarita le miró con terror.

— ¡Y bien! — continuó con dureza, — ¿qué decidis?

La jóven fué llorando á sentarse detras del mostrador.

El peluquero no se había engañado en su especulacion. Una multitud inmensa se reunió bien pronto delante de la tienda, y apenas podia atender á las continuas compras que venían á hacerle los curiosos para contemplar de cerca á aquella encantadora jóven, tan caprichosamente vestida. Fué preciso que Margarita sufriese en silencio sus miradas insolentes, sus requiebros equívocos, y sus galanterías mil veces mas insportables todavía.

Entre tanto su digno patron reia, se frotaba las manos, se chanceaba con los curiosos que compraban, y sobre todo llenaba su caja, que era lo que mas le importaba.

Al llegar la media noche, la desgraciada jóven víctima de esta vergonzosa especulacion, pudo por fin retirarse á su casa y llorar libremente en los brazos de su madre, que sonreía al ver sus lágrimas sin poder comprender su dolor.

Una multitud mucho mas considerable que la del dia anterior, se reunió la mañana siguiente al rededor de la tienda del peluquero: todos se reían y señalaban alternativamente á la muestra de la tienda y la dama del mostrador.

Bien pronto los murmullos y los silbidos sucedieron á las carcajadas; el populacho principió á arrojar piedras en lo interior del almacén, y si la fuerza armada no hubiera intervenido, Margarita y el peluquero hubiesen sido víctimas de algun acto de violencia. No hubo otro medio de apaciguar este desórden que cerrar la tienda por todo el dia.

La causa de este alboroto procedía de que el peluquero francés, Mr. Bertran, había juzgado á propósito hacer colocar durante la noche un cartelón concebido en estos términos:

**POMADA DE LEON PARA HACER CRECER EL CABELLO.** Pueden verse los efectos de esta receta en la señorita que está detrás del mostrador del señor Bertrand, peluquero de muchas reales personas en los países extranjeros.

Á la mañana siguiente ya había desaparecido el cartelón de su primitivo lugar: pero M. Bertrand lo había

hecho poner en el interior de la tienda, precisamente encima de la cabeza de Margarita.

Durante un mes entero, fué preciso que la desvalida huérfana española sufriese el oprobio y la humillacion propia de un estado semejante.

Ella creía haber agotado todos los sufrimientos de aquel género de suplicio; pero le quedaba aun por experimentar el mayor de todos. Una mañana vió entrar en el almacén del peluquero al jóven negociante de Barcelona, á quien había estado prometida por esposa ántes de las desgracias sobrevenidas á su padre. Al verle cayó sin sentido á sus piés. Cuando volvió en sí de este pasmo, el jóven ya había desaparecido. Pero á la noche le volvió á hallar en casa de su madre.

— Margarita, le dijo, nuestras familias nos habían destinado el uno para el otro en tiempos mas felices. ¿Queréis que realicemos ahora sus proyectos? Vengo á pedir vuestra mano. Ella le miró con una alegría mezclada de sorpresa y de duda. No podia creer que fuese cierto lo que oía.

— Por vuestra madre habeis sufrido las mas crueles humillaciones sin murmurar, sin quejaros una vez siquiera. Yo lo sé: y una hija tan piadosa no puede menos de ser la mas tierna y afectuosa de las mujeres. — Sedlo mia: yo os lo pido de rodillas.

Margarita le tendió una mano que él besó cariñosamente.

— Y he aquí como la virtud es siempre recompensada, le dije al capitán interrumpiéndole, añadió Bellini. Porque hoy dia la desgraciada Margarita es la esposa de un comerciante jóven y rico. La pobreza y los grandes trabajos que ha sufrido, le harán mucho mas grata la opulencia y la felicidad que ahora disfruta: además que estos mismos trabajos por llevar consigo un carácter de heroicidad y valentía no son tan dolorosos como mil otros á que la miseria somete sus víctimas. Morir de hambre, por ejemplo, es peor que servir de muestra.

El capitán me interrumpió á su vez. — Querido Bellini, me dijo, la historia de Margarita no está aun terminada. Aun no os he dicho en que estado llegué á verla por segunda vez.

— Espero con impaciencia la continuacion de las aventuras de esta hermosa española, le respondió. El señor Bertrand me hubiera vendido mas de un tarro de pomada, si yo hubiese estado en Madrid cuando esplotaba tan dignamente la belleza y el hermoso cabello de Margarita.

El capitán tomó un vaso de ponche de una de las bandejas que los criados circulaban por el salón, y continuó su relacion con una gravedad solemne, casi lúgubre.

Bellini se disponia á continuar su narracion cuando sentimos un gran ruido en la escalera. La voz ronca y débil del portero luchaba con otra fuerte y de acento conocidamente español. Al choque de palabras sucedió el de cuerpos, y muy pronto oímos alguno que rodaba la escalera dando gritos, siguiéndose un fuerte campanillazo en la habitacion: el criado que salió á abrir fué saludado con un empujón por parte del que llamaba, y al momento siguiente apareció en nuestra estancia un hombre alto, moreno y con una honda cicatriz en medio de la frente.

— ¡Impertinentes! ¡Querermé impedir que os vea cuando sé que estais malo! No sé como no les he roto la cabeza á todos.

— Mi querido Ribera, dijo Bellini, ¿ya estais de vuelta? A fe que si hubiese tenido noticia de vuestra llegada, en vez de cerraros mi casa os hubiera ido á ver, malo y todo como estoy.

— Eso nos reconcilia, replicó el marino. Ahora decidme como estais; aseguradme de que vuestra indisposicion no es nada, y venga un cigarro.

El capitán se sentó en un sillón y se puso á fumar tranquilamente.

— En el momento de vuestra llegada nos ocupabamos de vos, querido amigo, dijo Bellini. Estaba contando á estos señores la historia de Margarita, y les iba á referir de qué manera la encontrasteis la primera vez. Hacedles vos mismo esta relacion, porque yo me siento fatigado, y en vuestra boca tendrá la aventura cierto sabor marítimo que no puede recibir de la mia, humilde y terrestre maestro.

— Con mil amores, caro mio, dijo el capitán que comenzó la relacion de esta manera:

Bogábamos en bonanza por los mares del Sur sin ocurrencia alguna notable, cuando un dia los marineros me hicieron notar á corta distancia una embarcacion sin bandera, y cuyo aparejo, todo desconcertado, parecía mas bien efecto del capricho de los vientos, que de la direccion del mas inexperto piloto. En el mismo estado de desórden se hallaban su velamen y cordelaje, y el casco algo averiado, conduciendo á merced de las corrientes los desmantelados palos, se arrastraba hácia nosotros en línea casi recta, y cual si en aquel momento le dirigiese una mano certera con la intencion de abordar nuestro navío.

Esta contradiccion me hizo desconfiar al pronto y recelar si nos habriamos encontrado con algun astuto corsario, por lo cual mandé á mi tripulacion que se estuviese á la defensiva; pero no tardé en reconocer mi error. Era un buque mercante sobre cuyo bordo ne se via persona alguna, y que se mantenía aun sobre las aguas por un verdadero milagro, pues de la manera que estaba aparejado, el menor soplo de viento hubiera bastado para echarlo á pique.

Le grité varias veces con ayuda de mi bocina; pero nadie me respondió.

Esto excitó mi curiosidad hasta un punto que me es difícil explicar. El navío no había sufrido averias de consideracion: no podia, pues, concebir la idea de un naufragio. Pero ¿cómo un bajel se haballa así perdido en los mares del Sur, sin tripulacion para maniobrar, ni capitán para dirigirlo? Para salir de esta duda, echamos el bote á la mar, y yo mismo salté á bordo de la desierta embarcacion, ansioso de resolver este extraño problema.

Al poner el pié sobre el puente, no pude detener un grito de horror y de espanto, continuó el capitán que palideció aun al recordar esta escena. Una multitud de huesos blanquecidos y de esqueletos ya secos se hallaban sembrados por toda la cubierta. Los marineros que me acompañaban, pretendían que era *Bajel holandés*, especie de navío fabuloso que las leyendas marítimas nos pintan habitado por fantasmas, y se empeñaron en que le abandonásemos cuanto ántes, y nos restituyésemos á nuestro bordo; pero yo recorrí toda la cubierta sin encontrar un ser viviente. Bajé en seguida á la cámara del capitán y allí me encontré como arriba, esqueletos cubiertos de vestidos ya consumidos por el tiempo, el sol y las aguas de las diversas estaciones. Los papeles que hallé en el secretario de la cámara me hicieron conocer que había salido de Lisboa, ya hacia un año, en direccion al puerto de Méjico.

Ocupábame en recoger estos documentos cuando oí de repente una voz planidera que entonaba con lúgubre acento el salmo *De profundis*. Creí de pronto si seria una mofa de los marineros que me acompañaban; pero mis marineros estaban poco acostumbrados á chancearse conmigo, y por otra parte se hallaban poseidos de un terror demasiado intenso para que les quedase gana de echarla de graciosos.

(Se continuará.)

#### La isla de Java.

A grandes desengaños se expone quien viaja solamente con la esperanza de la novedad, y por mi parte recuerdo el que sufrí en el Danubio un dia, que costeano la Valaquia, vi salir de repente del fondo de un gran barco de carbon, que yo había poetizado, á una griseta. ¡Una griseta! ¡valia la pena de navegar nueve dias en malos vapores del Danubio, dejarme comer por mil mosquitos para llegar á tan prosáico resultado! En efecto, lo banal invade cada vez mas el mundo. Se nos habla de conquistadores, de dominadores de la tierra; la historia nos cita nombres que repetimos irreflexivamente y por rutina, pero todos estos grandes usurpadores, á decir verdad, no han usurpado mas que su reputacion. El verdadero conquistador de la tierra no es ni Alejandro, ni César, ni Napoleon, cuya ambicion no ha producido sino mezquinos resultados; es la griseta, cuyas armas victoriosas, — sus armas son su traje, — van á dar la vuelta al mundo.

Sin embargo, si hay á estas horas algun país, sobre la superficie de nuestro globo, donde no haya penetrado este deplorable conquistador, ese país es la India, la inmóvil India, cuyas costumbres é instituciones han resistido hasta hoy á toda invasion, y en donde parece haberse refugiado, como en su última ciudadela, la antigua poesia del mundo; la India, fiel al culto de Brahma, bajo el sable de Mahomet, fiel al culto de lo pintoresco, bajo la dominacion inglesa.

Un viajero, conocido mio, que va de cuando en cuando á la India, y con quien me gusta á mi tambien el ir á menudo, bien entendido, sin abandonar mis labores, — porque sé que al mérito singular de ver y de contar bien lo que ha visto, reúne el mérito de no exagerar sus impresiones, cosa aun mas singular, este viajero, con las narraciones que completan las descripciones debidas á su pluma y lapicero, ha hecho nacer en mí el deseo de ver la isla de Ceilan. ¡Nada tiene para mí mas atractivo que aquella naturaleza tan rica, aquella vegetacion tan exuberante; y si en Francia, la necesidad de entusiasmarse, hace admirar los bosques mezquinos, que se bautizan con el pomposo nombre de foresta, qué sentiria en presencia de las verdaderas, de aquellas florestas tropicales, cuyas plantas tienen un aspecto tan grandioso, y que ofrecen el aspecto, sirviéndonos de la expresion del príncipe Alexis Soltykoff, de un jardín botánico en una inmensa escala!

Pues bien, si se ha de crear esta misma autoridad, — y empleo la forma dubitativa, porque no se trata de un testimonio ocular, — esta maravillosa isla de Ceilan, este verdadero paraíso terrenal tiene en la India Neerlandesa una rival, á quien tiene que ceder la palma, — esta rival es la isla de Java.

Un empleado superior del servicio de las Indias orientales Neerlandesas hace diez y seis años, el señor Van Pers, nos remite, acerca de esta isla, que se puede llamar la incomparable, una primera serie de dibujos, que ofrece completar muy pronto con otra segunda. Estos dibujos se recomiendan no solo por el asunto, sino tambien por su autor. El señor Van Pers ha tenido que hacer con frecuencia excursiones al centro de poblaciones indígenas, aliadas, sometidas, y aun hostiles, excursiones ya políticas, con misiones para jefes indígenas, ya geográficas, y científicas.

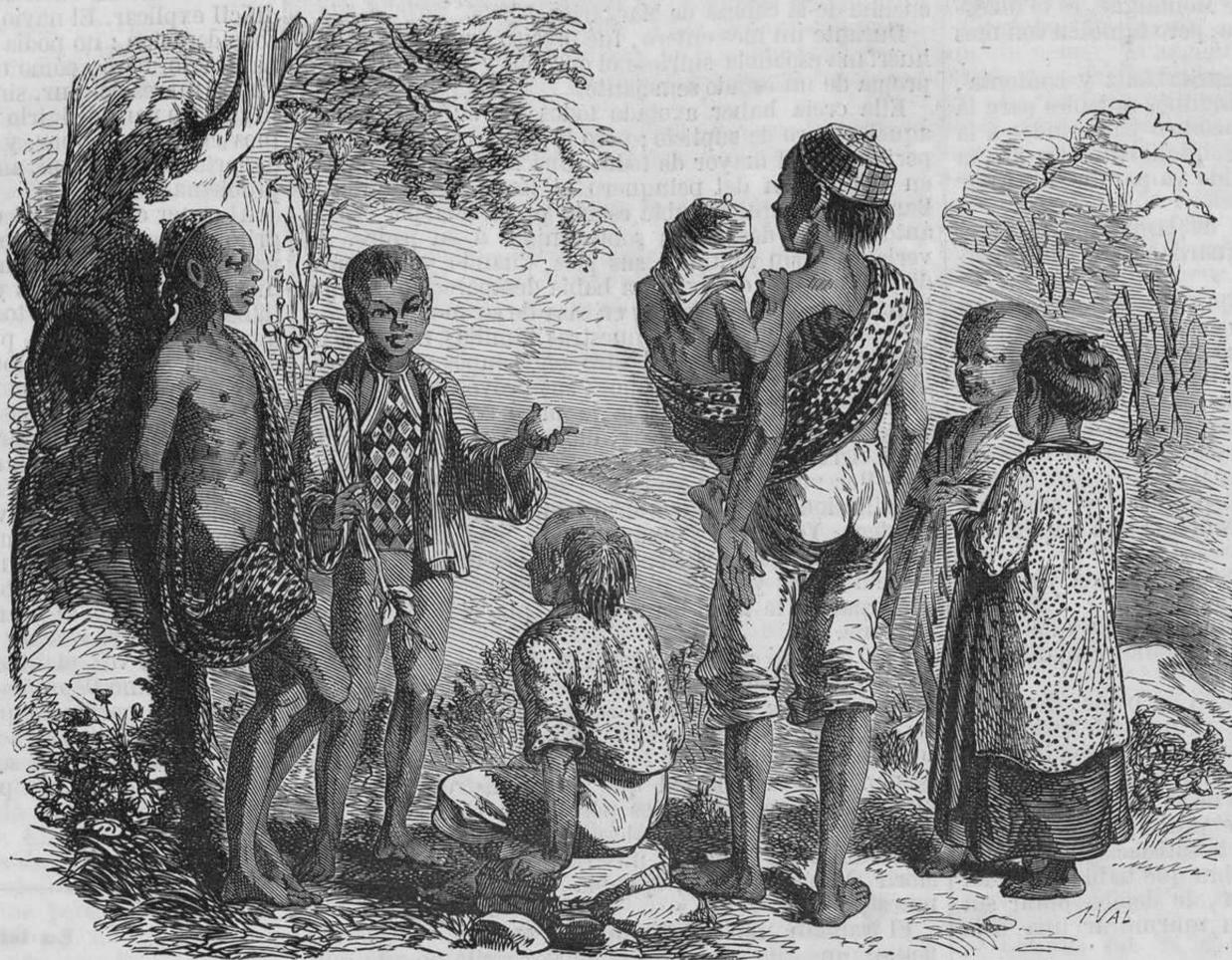
En este momento, el señor Van Pers publica en el Haya, por cuenta de su gobierno, un álbum de tipos y costumbres de las Indias orientales Neerlandesas, publicacion que será seguida por otra acerca de los principales monumentos religiosos y otros diferentes de aquellos países.

Los dibujos que hemos recibido hasta ahora del señor Van Pers son cinco. El primero representa seis niños javaneses de sexo y edad diferente. Su traje bastaría para revelar la dulzura del clima. Ordinariamente, en la clase ínfima, se dejan á los niños desnudos hasta la edad de cinco ó seis años. Esta costumbre da á sus miembros una soltura que conservan muchas veces hasta una edad avanzada, y como, por otra parte, viven sobriamente, la obesidad y las diformidades corporales son entre ellos muy raras.

Pasada esta primera edad, el traje de los niños, aunque reducido, por lo general, á lo indispensable, no deja de ser pintoresco. El primero de estos vestidos, para ambos sexos, es un pedazo de tela de forma triangular, *oto*, que cubre el pecho y el bajo vientre. Mas tarde, las niñas llevan una especie de zagalejo plegado, y los muchachos un calzon sujeto á la cintura con un cordoncito. Algunas veces solo llevan sobre los hombros el *sarong*, hecho con una tela indígena. En los días festivos se añade al traje de las niñas una especie de blusa abierta por delante, *badjoe*, que les llega á las rodillas; los muchachos se ponen una chaqueta corta, *badjoepindak*, de tela delgada, sujeta al cuello con un boton.

A los cuarenta días de su nacimiento se les afeita la cabeza á los niños de ambos sexos, pero con esta diferencia, que á los varones se les dejan dos mechones de pelo, uno por delante y otro atrás, mientras que á las hembras solo se les deja uno en la coronilla; pero en cambio, á los muchachos se les sigue afeitando la cabeza, mientras que se deja crecer la cabellera de las niñas, aun sin cortársela, si no es á causa de algun accidente ó enfermedad.

La habitacion que representa el segundo dibujo es la de una familia indígena, medianamente acomodada. Junto



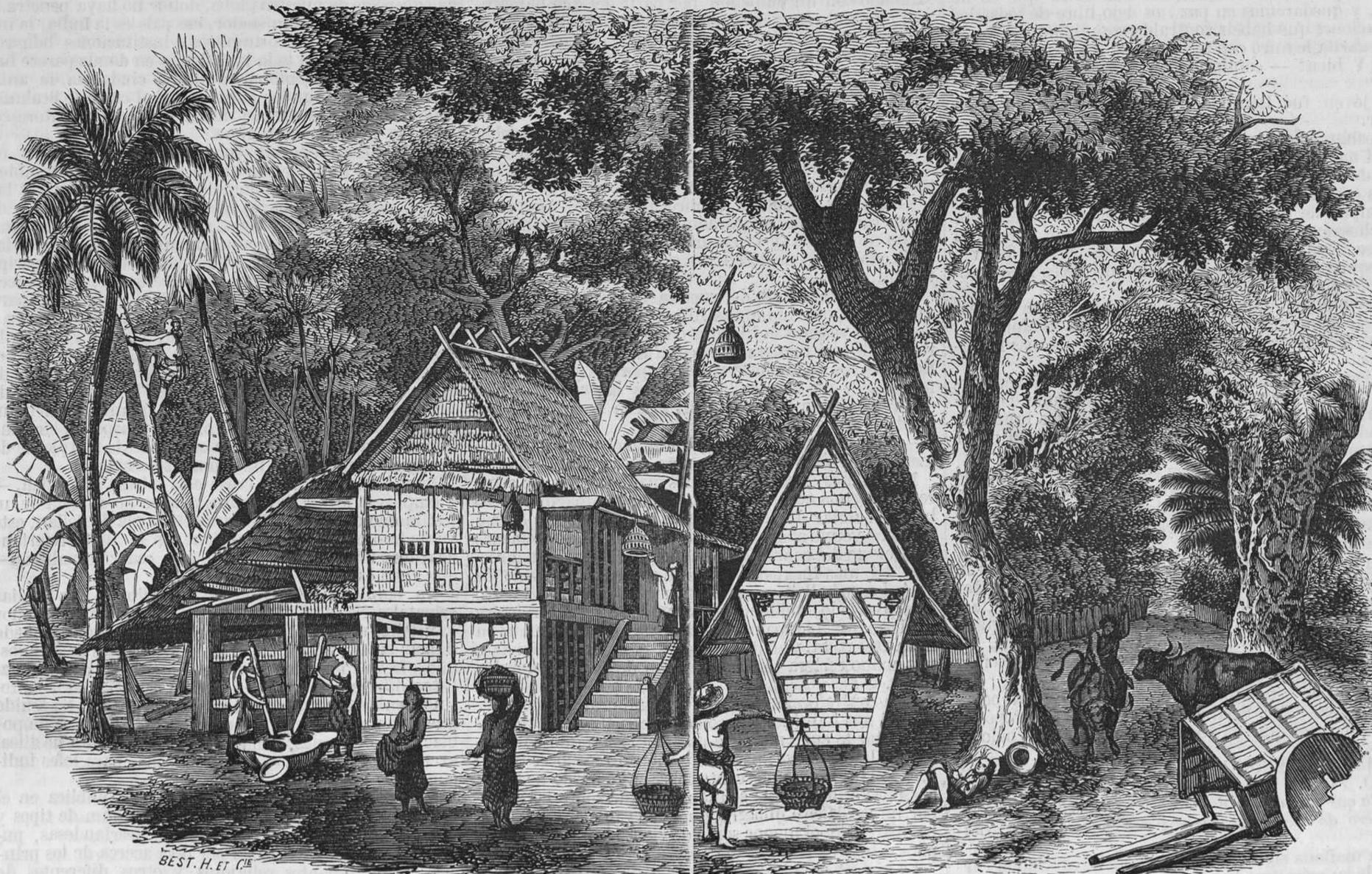
Niños javaneses.

á la casa está el *tomhoug*, destinado á conservar la provision necesaria de arroz hasta la inmediata cosecha. Al lado del establo, donde se guardan los búfalos empleados en el cultivo, hay dos mujeres machacando arroz para el consumo del día; mas allá vuelve otra con la ropa lavada en el río, mientras que en lo mas alto de la escalera, una jóven, con el pelo tendido, como lo llevan generalmente dentro de casa, da de comer á una tórtola enjaulada, que está en la galería exterior. Los javaneses tienen una idea supersticiosa del canto de las tórtolas; y cierta modificacion en su arrullo les da el valor en venta de veinte, treinta y aun cuarenta pesos.

Un paisano trepa á un coco; otro lleva el fruto en

varios usos; el colosal *tamarindo* con abundantes vainas, y cuya pulpa se emplea para sazonar los guisos; el bambú, extendido como un abanico, y que da fresca sombra á toda la casa. No léjos, el café, y algunos otros arbustos, que producen diversos pimientos, contribuyen á satisfacer las necesidades domésticas. Puéblense estas magníficas arboledas con millares de pájaros que llenan el aire con sus variados cánticos, y se comprenderá que, bajo la influencia de tan risueña naturaleza, el feliz habitante de este Eden ejecuta alegremente sus fáciles trabajos, y conserva hasta la vejez toda la simplicidad primitiva de su carácter.

Las casas son en general muy groseras, desiguales, guarnecidas por bambús cortados y trenzados de dife-



Habitation javanesa en un kompong (aldea).

rentes maneras. El tejado está cubierto de hojas de *alang-alang*, fijadas por medio de listones, unidos el uno con el otro á los bambús que forman el armazon del tejado. Esta cubierta es impermeable, pero necesita renovarse de cuando en cuando.

Reunidos los materiales, todos los vecinos ayudan á la construcción, que gracias á esto, se acaba muy pronto. Cuando la obra está concluida, se hace un cobertizo; cada uno, segun sus medios, trae provisiones; las mujeres vienen á preparar la comida, y por la tarde, los hombres toman parte en el banquete de inauguración, *sedeka*, comunmente presidido por el cura del Kompong, *hadji*, que ocupa la cabecera. La mas perfecta armonía reina en estas reuniones, que se disuelven temprano, llevándose cada cual el resto de las provisiones, dividido entre ellos por partes iguales.

No pudiendo describir en un cuadro pequeño los variados trajes del país, será forzoso limitarse á algunos de ellos. En el tercer grabado, una sundanesa, ó habitante de las alturas, está representada llevando su hijo al estilo javanés, es decir pendiente de un chal, *selindang*. Esta manera le permite vacar á sus trabajos domésticos: su vestido es una especie de blusa azul, *badjoe*, y una banda larga, *kayen pandang*, que cubre la parte inferior del cuerpo. Generalmente los javaneses llevan el vestido muy corto, á fin de



Mujer sundanesa. — Javanés de clase baja. — Javanés en traje de fiesta.

que no les estorbe para sus incesantes trabajos.

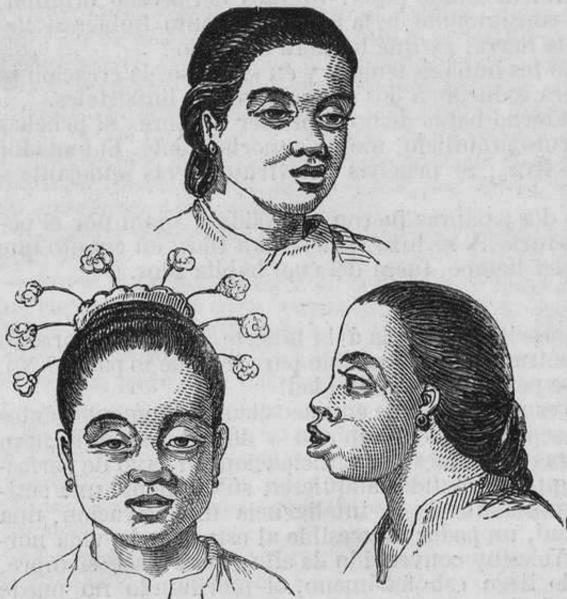
El javanés que está en pie junto á ella, lleva el traje del día festivo, mas comunmente adoptado en la isla. Encima del pañuelo que cubre su cabeza, tiene el *songko*, especie de sombrero, abierto por arriba, principalmente destinado á defender la vista de los ardientes rayos del sol. Su chaqueta cumplida, *kattivo*, es de tela rayada. Su *cris*, puesto en la cintura, está colocado en la espalda á la usanza de Java. Su *sarong*, está sujeto á los riñones por el cinturón, y lo trae de la manera mas usada en el país.

El personaje sentado es de baja esfera, un *koeli*, mandadero, ó mozo de servicio. Lleva la chaqueta al hombro, un calzon muy corto, y en la mano tiene el *toudon*, ó ancho sombrero que le sirve de sombrilla y paraguas juntamente.

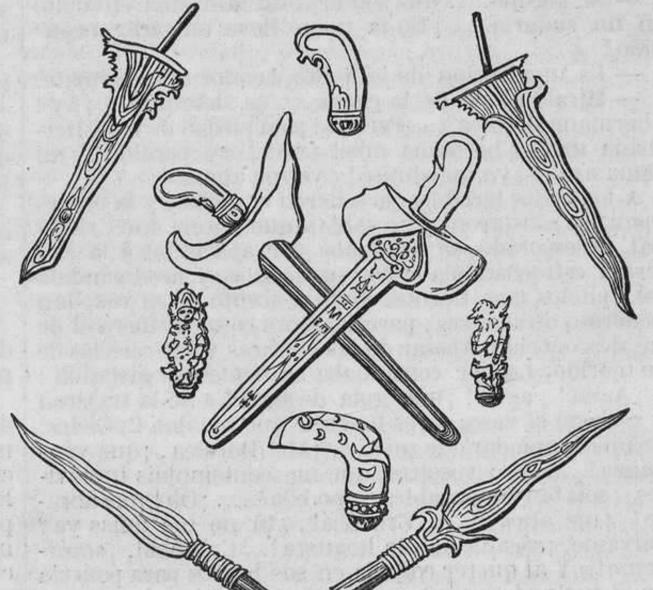
La cuarta lámina representa las armas que se usan en la isla de Java; los *cris*, cuyo mango y montura varían de forma, aunque se diferencian poco de los modelos figurados aquí. Las empuñaduras de los *cris*, son de un trabajo delicado, y sobre todo extraño. Los de los jefes son de oro macizo, y algunos adornados con piedras preciosas. La hoja varia ménos. Generalmente es curva, labrada, profundamente rayada en toda su extensión, y barnizada con una preparación acidulosa, en la que el jugo del limon entra en mucha cantidad. Esta preparación que da al acero un tinte mate, la



Cris, y armas de guerra de los Javaneses.



Tipos javaneses.



Goloks, cuchillos y armas para la caza.

preserva de enmohecerse. Los demás son los hierros de las lanzas, y los *goloks*, de que se sirven los javaneses para cortar la madera ó ir á cazar. Algunas hojas están rayadas, pero la mayor parte son lisas. Cortan muy bien, porque tienen cuidado de afilarlas con frecuencia, y untarlas con grasa.

Los dos jóvenes de la lámina 5.<sup>a</sup> son dos *gambous*. Así se llaman los danzantes que figuran en los bailes ó pantomimas que dan en su casa los jefes javaneses. Las alas, los brazaletes y adornos que llevan en el pecho, son de cuero de búfalo, calado y pintado de diversos colores. En la cabeza llevan una especie de corona de flores artificiales, sujeta al pañuelo que llevan puesto. Las orejas están con flores de naranjo. El *cris* va á la cintura, y está colocado en la espalda. Los dos pedazos de tela que cubren la parte inferior, aunque están colocados mas teatralmente, se parecen sin embargo á esta parte del vestido que traen por lo comun los habitantes de Madura. En los pies llevan ajorcas. Uno tiene en la mano un escudo, y el otro



Gambous, bailarina mimica y guardia de corps de un jefe javanés.

un genio ó quimera, que ocupa mucho lugar en la mitología javanesa; estos atributos sirven para acompañar sus gestos en las diferentes danzas que ejecutan. En las ceremonias, toda la comparsa de danzantes de un jefe superior forma parte de su cortejo.

El hombre que está junto á ellos forma tambien parte de la comparsa; son una especie de guardias de corps, literalmente guardias del lion, *singo-sekars*, que acompañan á sus jefes en las grandes solemnidades. El casco singular que cubre su cabeza, es, como el de los jóvenes, de cuero de búfalo, tambien calado y pintado. Á los dos lados penden tambien dos pequeñas guirnalda de flor de naranjo. Sus cabellos descubiertos indican sus funciones guerreras. Á la cintura, en el lado que su posición no deja ver, lleva colgado el *cris*. Los pedazos de tela flotantes acompañan sus pantomimas en las danzas guerreras que deben ejecutar de vez en cuando, y para esto se proveen además de un escudo. Un calzon, que les llega á las rodillas, completa su uniforme, y la lanza su armamento. L. DE W.

## La venganza de los difuntos.

NOVELA.

(Véase no 14, págs. 225.)

(CONCLUSION.)

— El 1º de setiembre. ¿Porqué?  
— ¿No le dice á Vd. nada esta fecha? En este momento nos hallamos en aquel aniversario solemne, en que, por perteneceros, ¡cometi un crimen! Una noche como esta, me parece que me encuentro en ella, que vuelvo á ver los mismos objetos y en el mismo orden, alumbrados por la misma luz, triste y misteriosa. ¡Ah! Cristóbal, ¡se necesitaba mucho amor! Pero, no siento lo que he hecho.

— ¿Y porqué lo habrias de sentir? Hasta ahora, ¿no hemos sido felices apesar de nuestros contratiempos? y lo seremos mas en el porvenir, si he de creer en mis presentimientos.

— ¿Lo crees así? ¡Y la maldicion de mi tio!  
— ¡Qué importa! ¿Piensas que Dios se deja llevar de las injusticias de los hombres?

— ¿No se nos ha llevado á Carlos?  
— Quizá es la mayor y la última prueba á que nos sujeta, pero no creas que es á consecuencia de las palabras del arzobispo. ¿Lo que pasó en el monasterio la noche de tu fuga, no lo has rescatado con lágrimas, oraciones y buenas obras? ¿Y por fin, que hemos sacrificado? Un cadáver. El alma que lo habitó habia sentido la violencia de la pasion, puesto que murió á influjo suyo. No lo dudes, Leonor, desde la mansion donde Dios la ha colocado, ve nuestro amor, nuestros sufrimientos y tus virtudes, y nos ha perdonado. »

En este punto, como quien despierta sobresaltada, Leonor se soltó de los brazos de su marido, y se incorporó. Sus ojos se fijaron en el fondo de la habitacion, su respiracion era breve y entrecortada, y con voz baja y aterrada, — ¡Cristóbal! dijo, ¡ves! ¿quién está allí?

— ¿Dónde, amiga mia?  
— Allí, allí, detrás de la puerta.  
— No hay nadie.

— Sí, alguno.... una sombra, un fantasma envuelto en un sudario.... ¡En la mano lleva un cirio encendido!

— Es una ilusion de la fiebre, Leonor mia, cálmate.  
— Míralo al pié de la cama.... se descubre.. ¡Ay! ¡hermana Dorotea!... ¡Perdon! ¡ten piedad de mí! ¡hermana mia! ¡hermana mia! ¡Ah! ¡soy perdida! ¡mi cama arde! ¡yo me abraso! ¡yo me abraso!

A los gritos terribles, acudieron el médico y la enfermera, se asustaron, y no sabian que hacer; don Cristóbal, desesperado, se esforzaba por apaciguar á la enferma estrechándola entre sus brazos, y prodigándola los epítetos mas tiernos. Pero el acento de su voz, tan poderoso otras veces, parecia ahora como si fuera el de un desconocido. Apesar de las súplicas y las caricias de su marido, Leonor continuaba agitándose y gritando: « ¡Agua! ¡agua! ¡una gota de agua! » Se la trajeren y rechazó el vaso; « ¡es fuego lo que me dan! ¡Cielos! ¿nadie se apiadará de mí?... ¡Ah! Dorotea, ¡qué venganza!.... Pero vosotros, que me contempláis inmóviles, ¡sois tan implacables como ella!.... ¡Oh! ¡me abraso! ¡me ahogo!.... Cristóbal, ¿tú no me amas ya? Sálvame, ¡sácame de esta hoguera!... Cristóbal, ¡socórreme! » Y al querer cogerla en sus brazos para ponerla en el suelo, de repente, con una convulsion suprema, por un esfuerzo inaudito se puso en pié, y exhalando el resto de sus fuerzas en un grito penetrante, cayó pesadamente en su lecho.

La prediccion de la gitana se habia cumplido. . . . .

## VII. — Filosofia. — Locura. — Despedidas.

D. Cristóbal tenia una de esas almas fuertemente templadas, que luchan con el dolor, y llegan á vencerlo, al ménos en sus ordinarios efectos, es decir que el triunfo es exterior, y que sus estragos son mas profundos y duraderos interiormente.

Dos dias se encerró sin permitir que alma viviente lo viera, y pasado este intervalo, volvió á aparecer pálido, flaco, pero no abatido; continuó sus herborizaciones, pero solo, porque Sulzer no podia acompañarlo. Por la noche regresaba cubierto de polvo, y cargado de flores silvestres que derramaba en el sepulcro de su mujer y su hijo con mucho cuidado, y se retiraba despues para volver á continuar sus excursiones al romper el dia. Tal era su vida.

Pero no pudiendo esta fatiga dominar la actividad de su pensamiento, imaginó, para conseguirlo, dar rienda suelta á su imaginacion. Con este objeto volvió á ocuparse de filosofia, ciencia que habia hecho brillar en su juventud en la universidad de Salamanca. Dedicóse á ella nuevamente, sin abandonar sus correrías, llevando utensilios de escribir, y trasladando al papel con mano rápida las ideas que pensaba desarrollar en un gran libro. Estas ideas giraban sobre el tiempo, la muerte, la resurreccion y la otra vida. Cuantos han querido profundizar con exceso estas cuestiones terribles, han pagado cara su temeridad, y D. Cristóbal fué uno de ellos. He aqui algunos fragmentos, que revelarán la exaltacion cerebral de este desgraciado, y la catástrofe que tuvo por consecuencia.

— Ella ha muerto! ¿Qué es la muerte? ¿qué es la vida? ¿Existe el tiempo para los muertos? La Escritura se

sirve á cada paso de estas palabras: *El fin de los tiempos, — la consumacion de los siglos.* ¿Acabará, pues, el tiempo? Sí, el tiempo es una criatura de Dios que acabará como las otras; su único privilegio consiste en que será destruida la última. El canónigo Sulzer decia un dia predicando: *¡Salid del tiempo!* ¿y cómo salir del tiempo? El tiempo es la envoltura de la humanidad. Muy difícil es para el pensamiento humano salir del tiempo, pero no es imposible.

¿Y qué es la eternidad? La ausencia del tiempo y de la duracion; un punto; ni aun un punto, puesto que en un punto, por pequeño que se conciba, existe la idea de la dimension, mientras que en la eternidad el centro y los extremos se confunden.

La resurreccion de los muertos sigue, pues, inmediatamente el instante de su muerte; son como un hombre que cae y se levanta en seguida; y los hombres, que parten de puntos diferentes del tiempo, llegarán simultáneamente á la cesacion del tiempo.

Porque el tiempo es una ilusion, la ilusion fundamental de nuestra vida, la cual, ella misma, no es sin duda otra cosa, que una ilusion destinada á probar nuestras almas.

Por intervalos entramos en la realidad por medio del sueño. El sueño apaga la materia y la separa del alma; entónces cesa el tiempo para nosotros. La prueba es clara; porque aquel que se despierta no sabe si ha dormido diez horas ó diez minutos.

Y muchas veces ha soñado en diez minutos lo que no podria hacerse en un año.

Y cuando compara con el tiempo estos recuerdos de una excursion fuera del tiempo, juzga, asimila, mide y dice: ¡Cómo se es insensato cuando se duerme! — Probablemente, por el contrario, es el único momento en que *se es sensato.*

Si Adán no hubiera comido el fruto prohibido, no hubiera muerto, es decir, su ilusion hubiera sido eterna; no hubiera tenido fin de los tiempos ni consumacion de los siglos, y sus hijos hubieran sido inmortales como él.

¿Hubiera tenido hijos? exentos del pecado original, y por consiguiente de la muerte, pronto hubieran llenado la tierra, ¿y qué hubiera sucedido?

O no los hubiera tenido, y en ese caso, la creacion se hubiera reducido á dos seres humanos inmortales.

El Eterno habia dicho al primer hombre: Si pruebas del fruto prohibido, morirás mortalmente. El tentador dijo á Eva: Si pruebas este fruto, serás semejante á Dios.

Las dos palabras fueron cumplidas; Adam por el pecado murió, y se hizo semejante á Dios, en cuanto que salió del tiempo, fuera del cual habita Dios.

El tránsito de la vida á la muerte, el instante preciso de este tránsito, ¿es sensible para los que lo pasan? No, pero se percibe la proximidad.

¿No es probable que en este solemne momento, ántes de la separacion del espíritu y de la materia, sientan nuestras facultades por anticipacion un rayo de perfeccion, que los sentidos adquieren súbitamente una sutileza sobrenatural; la inteligencia una elevacion, una plenitud, un poder inaccesible al estado de la vida normal? Yo estoy convencido de ello; pero casi siempre, cuando llega este fenómeno, el moribundo no puede revelarlo á los que lo rodean.

O si les dice algo, ellos murmuran: ¡Son las ilusiones de la muerte: ha perdido la cabeza!

Leonor ha visto la sombra de la hermana Dorotea; el padre Domingo la de su penitente; yo no lo dudo. Bien pensándolo, ¿no es mas extraño ver una alma que ha salido del tiempo, volver á entrar en él por algunos minutos, que ver lo contrario, es decir, una alma prisionera del tiempo escaparse por algunos minutos á la eternidad? Solo que lo segundo es mas comun que lo primero, y por eso, la razon humana, la peor de todas las ilusiones, nos afirma que lo primero es imposible, por la costumbre que tiene de negar lo que no puede explicar. Lo que se llama la razon humana no es mas que la esencia de su orgullo.

Intentamos entrever las verdades eternas con nuestra razon á través del tiempo, es decir, con un instrumento falso, á través de un medio que nos engaña. Los errores se sospechan, pero no se pueden calcular, y ménos corregir. Los contemplativos son los discretos; estos son los pocos; la muchedumbre sigue su camino sin pensar en nada, sin dudar de nada; estos son los felices.

Nuestra razon es esencialmente terrestre, no porque no pueda levantarse, algunas veces demasiado, sino porque vuelve á caer en tierra y lo mide todo consigo misma y con referencia á las cosas terrenales. La inspiracion, el éxtasis, el delirio, la locura, todas estas situaciones en que el alma quiere tomar vuelo, y desprenderse de la materia, nos revelarían quizás el secreto de nuestra vida presente y futura, pero la razon las menosprecia y nos impide el estudiarlas. Y sin embargo, ¿qué haríamos sin la razon? Nuestra desgracia es no poder prescindir de ella, porque ella es el baston que nos ayuda á andar, aunque un baston guarnecido de plomo que nos sujeta á la tierra y no nos deja tender el vuelo.

El misterioso Oriente, que ha sabido tantos secretos concernientes á nuestra raza, ha mirado siempre á los locos como seres sagrados, en comunicacion directa con Dios. Quizás llegará dia en que la bondad de Dios privará al género humano de la razon para hacer que reine la sabiduría exclusivamente.

¿No es tal vez ahora necesaria la razon á los hombres, porqué en el estado actual de cosas, es patrimonio de la multitud?

En la horrible desgracia en que me veo sumido, ¿qué voto puedo formar en la tierra? Uno solo, cuyo cumplimiento me haria feliz; el perder la razon; entónces volveria á hallar á Leonor, y nos reuniríamos para habitar un mundo nuevo. ¡Oh, si pudiera libertarme de esta funesta razon!

A fuerza de profundizar tan extrañas ideas, el desgraciado Cristóbal logró lo que deseaba.

Una noche, en que el canónigo habia pernoctado mucho, poniendo en orden sus cuadernos de la historia de los abades de Reichenau, creyó oír, cuando se disponia á recogerse, ciertos acentos interrumpidos por algunas notas musicales. Escuchó, y se convenció de que alguien cantaba en voz baja en el cercado lindante con su casa. Abrió la ventana. El cielo estaba claro, pero sin luna; las estrellas solo proyectaban una luz confusa. El cantor invisible, recorriendo ligeramente las cuerdas de una guitarra, dejó oír las siguientes palabras:

Toda mi dicha fundo  
Solo en quererte;  
Y daria mil vidas  
Solo por verte.

El canónigo no dudó un instante lo que era. Hizo la señal de la cruz, muestra en él de compasion, y se dispuso á bajar. Metióse la levita, cogió el baston, atravesó con paso lento y trémulo las largas y oscuras galerías del convento, y por una escalera de piedra desusada, suspirando y tropezando, entró en el cercado. La yerba discreta apagaba el ruido de sus pasos, y pudo así llegar sin ser sentido cerca de D. Cristóbal. El desgraciado, en pié ante la tumba de su mujer y su hijo, habia cesado de cantar. Meditaba en silencio con los brazos cruzados sobre el pecho, y envuelto en su capa, semejante á un genio fúnebre. Su guitarra estaba sobre el sepulcro. Algunos instantes se pasaron ántes que Cristóbal hiciera un movimiento, y que el anciano sacerdote osara interrumpirlo. Por fin, el canónigo se aventuró á llamarlo dulcemente. A su voz, Cristóbal levantó la cabeza, y dijo:

— ¿Quién me llama? ¿Qué quiere Vd.?

— Soy yo, vuestro amigo Sulzer.

— ¡Ah! llega Vd. á tiempo; el cielo os envía. Hubiera sentido irme sin decir á Vd. adios.

— ¿Irse? ¿dónde? ¿Qué hace Vd. aquí?

— ¿No lo ve Vd.? He venido á ver á Leonor. Para agradecerla, me he puesto el traje que llevaba el dia que la robé, y le he cantado el *Marinero del alma* que tanto le gustaba. ¿Querria Vd. creerlo? esta cancion que otras veces la arrastraba hácia mí, la encuentra hoy insensible. Esto es porque no es ella la que debe venir, sino yo quien debó ir á ella. Carlos la detiene, lo comprendo. Voy á reunirme con ellos. ¿Qué le diré de parte de Vd.?

— ¿Y qué camino va Vd. á tomar para reunirse con ellos?

— El del lago, dijo Cristóbal al oido del canónigo, voy á arrojarle al lago. Lo entiende Vd., Sulzer, mi existencia es inútil, es un efecto sin causa. Donde está Leonor está mi vida. Es preciso que me ahogue en el lago. Si tiene Vd. algo que decirme para ella, dese Vd. priesa.

— Es inútil, dijo el canónigo, asustado de aquella sangre fria y aquella locura.

— ¿Porqué inútil?

— Porque no irá Vd.

— ¿Quién me lo impedirá?

— Yo.

Cristóbal, apacible hasta entónces en su tristeza, comenzó á agitarse, y esta turbacion, que revelaban su gesto y su voz, llegó rápidamente á la exasperacion.

— ¡Cómo! ¿Vd. me lo impide? ¡Es indigno, es horrible! Id enhoramala, he sido juguete de su falso afecto, pero no lo seré mas, ya lo conozco á Vd. ¡Es Vd. un malvado, déjeme Vd., déjeme Vd.! ¡No, Leonor, no temas que lo escuche, que me deje detener por él! Quiere que me quede aquí, ¿y para quién, Dios mio? ¿Quién me necesita ya á mí?

— Yo, hijo mio, exclamó el anciano, acercándosele.

Pero su pié tropezó en la piedra sepulcral, y el canónigo cayó sobre la tumba de Leonor dando un doloroso gemido.

Esto fué bastante para abatir la exaltacion del pobre loco. Tomó al anciano en sus brazos, y con un tono diferente:

— ¿Señor, le dijo, le he hecho á Vd. mal? ¿Está Vd. herido?

— No, amigo mio, contestó Sulzer, levantándose. El mal del cuerpo es nada comparado con el que hace Vd. á mi corazon. El primero es involuntario, y os lo perdono, ¡pero el otro!...

— ¡Ah, perdónemelo Vd. tambien! dijo Cristóbal llorando y abrazando á su amigo.

Este era el fin de la crisis. El canónigo olvidó sus proyectos de resistencia, y comenzó á llorar tambien.

El primero que comprimió su emocion fué Sulzer.  
— Mi querido amigo, dijo, ¿qué hacemos? ¡Qué debilidad es la nuestra! Bendito sea Dios que le ha permitido á Vd. reconocer mi voz. Escuche Vd. á un padre que os ama y que sufre con vuestros dolores. Vd. cree que su destino en la tierra está cumplido, porque no están en ella Leonor y Carlos, pero no es así. Otro mas im-

portante os queda, y yo se lo diré á Vd. Cree Vd. que su existencia no tiene ya objeto. Uno le queda á Vd. que cumplir, que Vd. no ve ahora, y que yo le explicaré á Vd. Pero la hora no es á propósito, y Vd. y yo necesitamos descansar. Venga Vd. á verme á las ocho de la mañana en punto, le diré á Vd. á qué debe consagrar el resto de sus días, y no saldrá Vd. de mi casa sin consuelo.

D. Cristóbal prometió ser exacto, acompañó al canónigo á su casa, y este lo despidió abrazándole y echándole la bendición.

Sulzer se inclinó é hizo una ferviente oracion. Al levantarse, su fisonomía expresaba la alegría interior de un hombre lleno de confianza en la bondad celeste, y seguro de haber obtenido lo que habia pedido. Apesar de ser la una de la mañana, en vez de acostarse, tomó en su librería un volumen de mediano tamaño, se sentó en su escritorio, y se puso á hojearlo con atencion.

D. Cristóbal fué puntual. A las ocho llamaba á la puerta del gabinete de su amigo, y la abrió despacito antes de ser respondido. ¿Qué es lo que ve? Al canónigo sentado en su sillón de vaqueta delante de la mesa cubierta de papeles, inmóvil, y profundamente dormido. El sueño lo habia sorprendido estudiando, porque tenia la mano derecha puesta sobre un libro abierto, y su índice extendido parecia que señalaba un pasaje. La debilidad de su vista habia hecho contraer al anciano la costumbre de señalar con el dedo la lectura, para no perderse. El sol naciente, penetrando en aquel cuarto de estudio, iluminaba la cabeza pálida y venerable del canónigo. En frente de él, y haciendo sombra al libro, habia un tiesto con una reseda que cultivaba con cuidado, y cuyo perfume le era muy grato. Una curruca cantaba en el borde de la ventana, entreabierta por el viento fresco de la mañana.

D. Cristóbal contempló un momento este cuadro lleno de calma y de solemnidad. No queriendo turbar el reposo de su amigo, se acercó de puntillas para ver el libro que habia cautivado su atencion, y leyó estas palabras: «Hijo mio, no te desalientes con los trabajos que emprendas por mí; no te dejes abatir por el infortunio; y en todos los acontecimientos de la vida, sírvate mi promesa de aliento y de consuelo.

» Un día, que solo el señor conoce, te traerá la paz, y ese día no será como los de esta vida, mezclado con la alternativa de la noche; su luz será perpetua, y la claridad infinita. La paz que disfrutarás será sólida y eterna.

» ¿Hay algo que no se deba soportar en cambio de una vida eterna?

» Hijo mio, mi gracia es preciosa, y no sufre la mezcla de las cosas extrañas, ni las consolaciones de la tierra.

» Si la quieres recibir, edificate un retiro, no busques la comunicacion con nadie, sino la de Dios por medio de ardientes oraciones.

— D. Cristóbal, cada vez mas sorprendido y conmovido á medida que leía, llegó al versículo que señalaba el dedo del canónigo:

«ES PRECISO ABANDONAR EL MUNDO, ES PRECISO SEPARARSE DE LOS AMIGOS Y CONOCIDOS, Y PRIVAR AL ALMA DE TODO CONSUELO HUMANO (1).

D. Cristóbal sintió una revelacion repentina, tocó la mano del anciano, y la encontró helada! Acercó los labios á su frente, y su contacto le pareció el de una estatua de mármol. Sulzer habia ya una mansión mejor; ya habia recibido el premio de sus virtudes; ya percibia la luz perpetua y la claridad infinita del día del Señor: estaba muerto. D. Cristóbal comprendió que el fin era conseguir una muerte semejante á la del santo anciano.

Arrodillóse junto á él, é hizo la promesa que parecia le dictaba el último monje de Reichenau por medio del libro mas hermoso, que al decir de Rousseau, ha salido de la mano del hombre.

Sulzer fué enterrado á las veinticuatro horas en el coro de la abadía. El último representante del monasterio, el humilde monje recibió este honor, reservado á sus poderosos abades. Él fué como un mensajero á anunciarles la extincion de su familia, como un soldado que se une á sus gefes para aguardar la caída del edificio, que debe sepultarlos entre sus ruinas.

Al día siguiente de estos funerales, á que asistieron todos los habitantes de la isla, la casita de D. Cristóbal estaba desierta. Sobre una mesa habia una carta haciendo donacion de ella y de sus muebles á un pobre labrador, padre de familia, á quien poco ántes habia devorado el fuego su granja. El rumor público fué que D. Cristóbal se habia arrojado al lago, no pudiendo resistir la triple pérdida que acababa de sufrir. Un batero contaba que el español habia ido á alquilar un barco, la tarde del entierro, para pasar á Radolsszell. Al amanecer, el barco flotaba solo, y se creía que el viento lo habia echado hácia Reichenau, despues de la catástrofe del que lo manejaba. No obstante, el cadáver de D. Cristóbal no apareció sobre las aguas, y los pescadores sondearon en vano el lago.

#### VIII. — El camaldulense.

Quando se va de Subiaco á Roma, se descubre á la mano izquierda una eminencia con árboles de toda especie, bojés, pinos, encinas, cedros. Del centro de esta espesura se levanta el tejado de un convento, coronado de un campanario, que lo divide en dos partes iguales, y cuyas blancas paredes, con una fila de pequeñas ventanas, aparecen al nivel de la copa de los árboles. El edificio, fundado en la cima de un monton de piedras, es de difícil acceso; no hay sendero abierto, y á cada instante se ve el viajero interrumpido por corrientes de

agua límpida y torrenciosa que entretiene constantemente la frescura del bosque. Este refugio buscó en el siglo sexto san Benito huyendo del mundo y sus tentaciones. Todavía se enseña la caverna que habitaba, y en la cual concibió la famosa regla de su orden, que no tardó en extenderse por toda la Europa.

Eran las cinco de la tarde, y un día de gran festividad. Dos hombres bajaban juntos del convento, un religioso y un paisano como de treinta años de edad; el camaldulense podia tener diez ó doce mas que su compañero.

— ¿Dice Vd., pues, amigo mio, que lo envia á Vd. la señora abadesa de Santa Clara?

— Sí, padre mio, para suplicar á Vd. que vaya á confesar á la hermana Santa Leonor que se muere.

Al oír este nombre, el fraile se estremeció, se repuso, y replicó friamente:

— ¿Porqué me llaman á mí? ¿está enfermo el capellan del convento?

— ¡Oh! no, á Dios gracias, yo mismo le he ayudado hoy á misa, porque soy juntamente jardinero y sacristan del convento. La hermana Santa Leonor es la que ha pedido que baje Vd.

— ¿Me conoce á mí?

— Al parecer... Tenga Vd. cuidado, padre; este arroyo es mas ancho que otros. Ponga Vd. los piés en las piedras; déme Vd. la mano; bien, eso es, así.

— Sin embargo, yo salgo apenas del convento. Esta creo que es la segunda vez que lo hago desde que entré en él ocho años ha.

— ¡Oh! no importa, padre. La fama de su santidad ha esparcido su nombre por todo el país.

— ¿Y esta hermana Santa Leonor está tan mala?

— Sin remedio, segun dicen los médicos. Pero yo no puedo creerlo, puesto que todos los días viene á sentarse al jardín debajo de los naranjos, es decir, la traen en un sillón, pero no importa yo digo que si estuviera tan á los últimos, como dicen, no la sacarian de la cama.

— Eso depende del género de enfermedad. ¿Qué parece?

— No me lo pregunte Vd., padre, porque no lo sé, y creo que nadie tampoco, incluso el médico. ¡Cosa singular! Figúrese Vd. que tiene la cabeza envuelta siempre en un velo blanco, que no levanta jamás, como si la luz le ofendiera la vista, que rara vez habla, y cuando lo hace, ¡con una vocecita, tan delgada, tan delgada! En fin, yo le he hablado muchas veces, y nunca le he visto la cara, de modo que no puedo decir si es hermosa ó fea, jóven ó vieja. No obstante, por su voz, mas bien me parece jóven que vieja.

— ¿Hace mucho que está con las monjas de Santa Clara?

— Antes que yo viniera al convento, y hace siete años por san Martín que yo estoy. Tenga Vd., padre, cuidado con ese charco, decia pues, que á lo que me han contado, la hermana Santa Leonor vino dos años ántes que yo. Fué traída con gran pompa por el cardenal arzobispo de... de... ¡siempre se me olvida este nombre! Mi predecesor, el viejo Gregorio, creia que era una dama de importancia, alguna dama de la corte quizás, que se habia convertido. Pero Vd. va á verla, y á saber mas que lo que yo puedo decirle, porque ya estamos en el convento.

— Hermana, dijo el jardinero, dirigiéndose á la tornera que salió á recibirlos, aquí está el reverendo fray Cristóbal, á quien la hermana Santa Leonor espera con impaciencia; condúzcalo Vd. si gusta á su presencia. Yo me vuelvo á mi azada y mi regador.

La tornera se inclinó respetuosamente, y condujo al religioso en silencio. Hizole atravesar salas y corredores, y lo introdujo en un jardinito, que no era el grande de la comunidad, llamado el jardín de la abadesa. Era un patio que habian convertido en jardín, y que se hallaba encerrado por los cuatro costados entre las columnas de mármol blanco de un claustro viejo, cuyo desmantelamiento contrastaba y realzaba el estado brillante del jardín, perfectamente cultivado. Los andenes estaban cubiertos con arena menuda y dorada; los bojés de las orillas simétricamente arreglados; las flores y arbustos colocados con una regularidad discreta que ocultaba el arte; todo respiraba en este recinto la paz y el bienestar religioso; se sentia en él la vaga y apacible melancolía, inseparable de los placeres de la soledad, y cuyo encanto, una vez gustado, se echa de ménos en las turbulentas alegrías del mundo. El aire mismo parecia que reprimia su aliento por no descomponer la graciosa simetría de aquel lugar. Solo se oía el murmullo de un surtidor que derramaba el agua en una copa de mármol, situada en el centro del jardín. En torno suyo habia colocados varios naranjos floridos, á cuya sombra percibió fray Cristóbal á la enferma, sentada, inmóvil y velada, como su guia se la habia descrito.

Sentóse junto á ella, y despues de algunas palabras, la tornera los dejó solos, y la hermana Santa Leonor comenzó su confesion sin levantar el velo, que le ocultaba enteramente los brazos y las manos.

Despues de darla la absolucion, fray Cristóbal la preguntó:

— ¿Es posible que esté Vd., hermana mia, tan mala como dicen?

— Los médicos, padre mio, aseguran que no pasaré de esta noche, y yo lo conozco aun mejor que ellos.

— ¿Y cumplireis sin pena este sacrificio?

— Sin ninguna.

— Os doy el parabien por vuestra resignacion. La muerte no es cruel sino para los que sobreviven.

— No dejó aquí una persona que me lloré.

— ¡Cómo! ¿no teneis familia ni amigos?

— ¡Absolutamente! soy desconocida en la tierra.

— Sin embargo, tal vez sea una ilusion, pero me parece haber oído ántes vuestra voz.

— ¡De veras! dijo la moribunda conmovida, ¿creeis reconocerla?

— Pero por mas que hago, no puedo recordar ni cuándo ni en dónde la he oído.

— Tal vez os engaños.

— No, no me engaño. Si me ayudais, tal vez llegue á fijar este recuerdo confuso...

La enferma sacó, sin decir palabra, su mano derecha de debajo del velo, y la puso sobre sus rodillas; esta mano estaba cubierta con un guante negro.

— ¡Cielos! exclamó el monje, ¡Raquel!... ¿sois Raquel ó Amina?

— Yo era Raquel, D. Cristóbal. Yo pedí y recibí en el bautismo el nombre de Leonor, porque Vd. lo amaba; ahora soy la hermana Santa Leonor.

— ¡Raquel! ¡Leonor! ¡Dios mio!... dejadme ver estas facciones.

Ella detuvo el brazo que tocaba el velo.

— Ya no las volveréis á ver; están destruidas. Mi belleza no existe ya mas que en vuestra memoria; no la arrojemnos de este último asilo. Habeis reconocido mi voz, pero no podriais reconocer mi figura, ¡porque la lepra la ha invadido! ¡D. Cristóbal, soy una leprosa! ¡Apartaos un poco, porque mi aliento envenena y mata!

— ¡Desgraciada! ¡qué! ¡el decreto de arriba que pesaba sobre vuestra familia os ha alcanzado! Pero, ¿porqué milagro os hallo aquí, cristiana y religiosa? ¿Cómo salisteis del subterráneo donde os hirió mi puñal? ¿Qué ha sido de vuestro padre, vuestro tío y vuestra hermana?

— Han satisfecho la justicia humana, y confio en que Dios habrá aceptado su suplicio en expiacion de sus crímenes. Los alguaciles enviados á consecuencia de la denuncia del molinero para registrar nuestra casa, se apoderaron de mí, pero el tribunal me declaró inocente, y me puso en libertad. ¿Qué hacer en España? Vine á Italia, abjuré en manos del arzobispo de Urbino, que me hizo entrar en este convento, donde he vivido, esperando reunirme á vos en la vida futura, porque os amaba, D. Cristóbal, ¿y para qué ocultarlo, puesto que este amor es puro, porque os amo, y muero amándoos!

— ¡Funesto amor, que ha causado vuestras desgracias!

— ¿Qué decis, D. Cristóbal? él me hizo libertaros, él ha salvado mi vida, la vuestra, y la de vuestra Leonor; por él soy cristiana, ¡y lo llamais funesto amor! Ya lo veis, él hace brillar un rayo de consuelo al borde de mi tumba. Pero baste de mí, hablemos de vos, contadme vuestra historia y la de la hermosa Leonor, cuyo nombre he tomado, ya que no podia robarle la dicha de agradaos, y de unir mi suerte con la vuestra.

D. Cristóbal hizo esta penosa narracion, durante la cual creyó que oía con frecuencia sollozar á la pobre Raquel bajo su velo.

Quando hubo concluido:

— Habeis sido, le dijo ella, tiernamente querido de dos mujeres, y el cielo os ha permitido entrever la felicidad con aquella de entre las dos que vos amabais. No os quejéis; creed que hay suertes mas crueles que la vuestra. Por mi parte, yo tengo el corazón lleno de reconocimiento por el momento de alegría que Dios me permite gozar ántes de dejar la tierra; no esperaba yo tanto.

— Escuchad, Leonor, porque así deseo llamaros; este momento puede prolongarse mas que nuestra conversacion. Despues de tantas desdichas, tal vez quiere el cielo permitirnos el llorarlas juntos. Vuestra enfermedad no es incurable, ó si lo es, habrá medios para dilatar la catástrofe que ha de terminarla. Ni vuestros lazos ni los míos son indisolubles: voy á echarme á los piés del Padre Santo, y á pedirle nuestra libertad. Aun debo tener en España amigos poderosos, y les haré que intervengan. Vos vendréis conmigo; yo seré vuestro hermano, y vos seréis mi hermana; yo os cuidaré, y lo lograré quizás curaros....

D. Cristóbal fué interrumpido en este instante por el tañido de una campanilla. Se volvió y vió venir por el claustro á un sacerdote con sobrepeliz, que traía una pequeña cajita de plata sobredorada. Dos acólitos lo acompañaban; el uno tocando la campanilla, el otro con un farol encendido.

— A Dios, dijo la hermana Santa Leonor, voy á recibir la extremauncion; á Dios, Cristóbal, pero nos volveremos á ver... ¿Quereis darme la mano? no ofrece peligro.

D. Cristóbal cogió llorando la mano, y quiso acercarla á sus labios, pero la enferma la retiró bruscamente con un movimiento como de horror.

— ¡Gracias, dijo ella, gracias amigo mio! ya soy dichosa, y pronto lo seré todavía mas.

La tornera se habia acercado con dos hombres, uno de los cuales era el jardinero que habia acompañado á D. Cristóbal. Levantaron con tiento el sillón de la enferma, y se incorporaron con el pequeño cortejo que los aguardaba en el claustro. Raquel, sobre las espaldas de sus conductores, se volvió un poco: «Rogad por mí,» dijo á D. Cristóbal, que estaba arrodillado en el sitio que acababa de dejar la moribunda. Así permaneció algunos instantes abismado en su dolor, y cuando volvió en sí, y pudo mirar en torno suyo, todo habia desaparecido.

Fray Cristóbal se levantó, y echándose la capucha hasta los ojos, atravesó de nuevo el convento de Santa Clara, y se dirigió solo al camino de los camaldulenses.

F. G.

(1) *Imitación de J. C.*

**Naufragio y salvamento de la INDIANA en la costa oriental de Madagascar. — Efectos que produjo en el mar un terremoto que ha causado grandes estragos en las islas Molucas.**

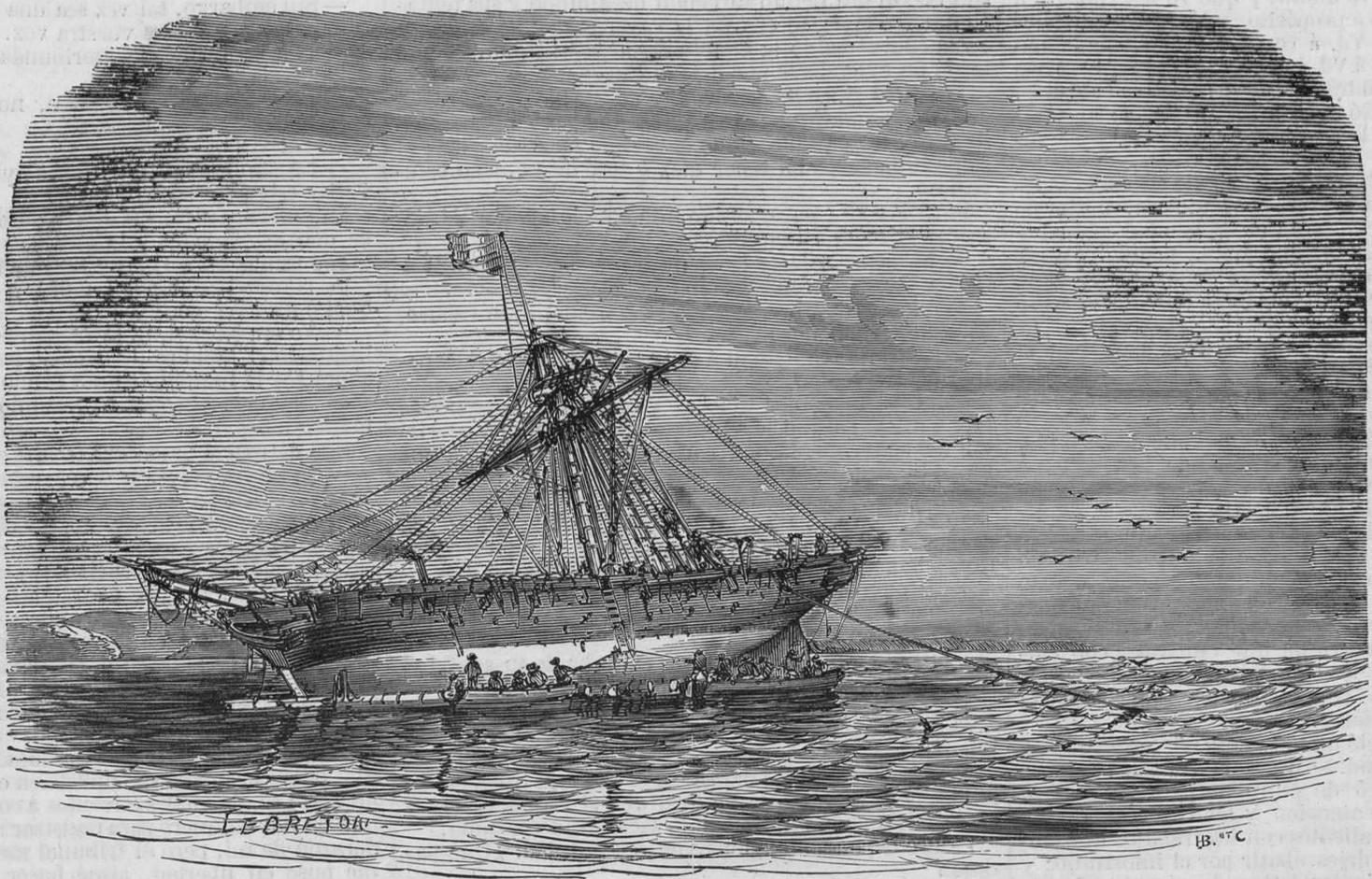
Acabamos de recibir ántes que nadie los tristes pormenores que siguen, y las vistas copiadas del natural que las acompañan, acerca de dos grandes convulsiones terrestres y marítimas que ha habido en el Océano Pacífico, con pocos días de diferencia y á una distancia considerable.

Primeramente publicamos el texto y los dibujos sobre el terrible huracán que hubo el 23 de diciembre último no lejos de Santa María de Madagascar, que hubo de costar á la Francia la pérdida de un buque del Estado, y lo que es peor aun, la de la valiente tripulación que llevaba á bordo, doble catástrofe que se evitó, gracias á la energía y serenidad de aquella gente y de su capitán, y gracias también á la habilidad del capitán del *Caimán*, vapor que llegó providencialmente al sitio del peligro.

Pero dejemos la palabra á los testigos oculares. La *Indiana* había salido de Santa María el 22 de diciembre último en dirección á Mayota con tiempo regular, cuando al doblar la punta de la isla se encontró con una mar crecida y alborotada. Desde aquel instante, las olas fueron creciendo sucesivamente, hasta que se pusieron tan furiosas, que á las doce de la noche la *Indiana* tuvo que ponerse á la capa.

A las dos de la mañana, una ráfaga de viento se llevó el foque, cuando el buque se hallaba á unas diez leguas en el E. N. E., de la punta norte de Santa María. El viento siguió creciendo tanto hasta las cinco, que se llevó también las gavias, de modo que el buque se quedó á merced de la tormenta, y principió á hacer agua.

### Naufragios.



La *Indiana* arrojada á la costa de Amboombatou.

Los botes de salvamento y los masteleros de gavias desaparecieron también, y por fortuna esta disminución de peso hizo que el buque se levantara un poco.

El capitán reunió á todos los oficiales para consultarles sobre las medidas que se debían tomar en tan apurada situación, y todos se pronunciaron por no intentar maniobras atrevidas, que quizás habrían acelerado la pérdida del buque.

No es posible pintar el aspecto que presentaba el mar en aquella terrible noche. Lejos de calmarse, las olas se embravecieron más al despertar el día. A cada momento se temía que el buque se iba á sepultar en las aguas, y las maniobras eran cada vez más peligrosas y difíciles.

El capitán Protet, rodeado de sus oficiales, continuaba dando órdenes con una sangre fría digna de todo elogio. Su voz firme y sonora, su rostro, su actitud, no manifestaban la más ligera emoción. Muchos oficiales

aseguran que en aquel momento supremo olvidaron el peligro al ver la admirable intrepidez de su capitán.

De repente uno de los oficiales, M. de Argouges, grita que distingue tierra; pero el capitán, después de haber mirado atentamente al sitio que le indicaba aquel, le dice en voz baja:

— Estamos perdidos; nos vamos á hacer añicos en los arrecifes. Tratemos de evitar el peligro por algunos minutos.

Al momento ordena cambiar de rumbo, operación que se ejecutó con suma lentitud; hubo que arrojar al mar una parte de la artillería. Por fin, el buque acababa de dar una penosa vuelta, cuando tres oleadas que vinieron por detrás, le hicieron pasar por encima de un arrecife, y cayó en una mar más

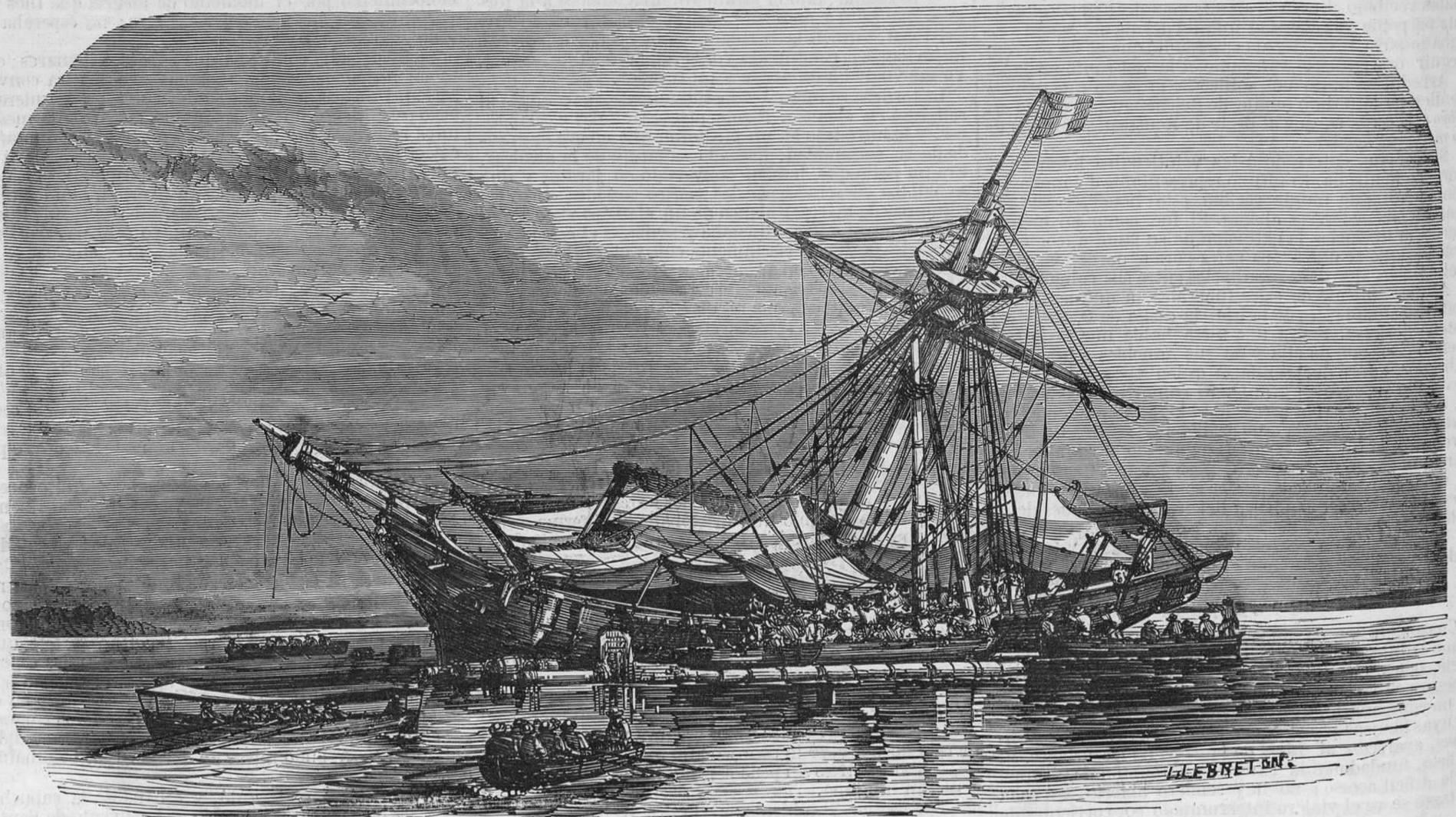
sosegada. Se siguió maniobrando, hasta que de repente el buque zozobró en las peñas.

Al punto el capitán mandó cortar los palos de mesana para aligerar la embarcación, que empujada por las olas fué á dar á otro arrecife. El temporal no se calmaba.

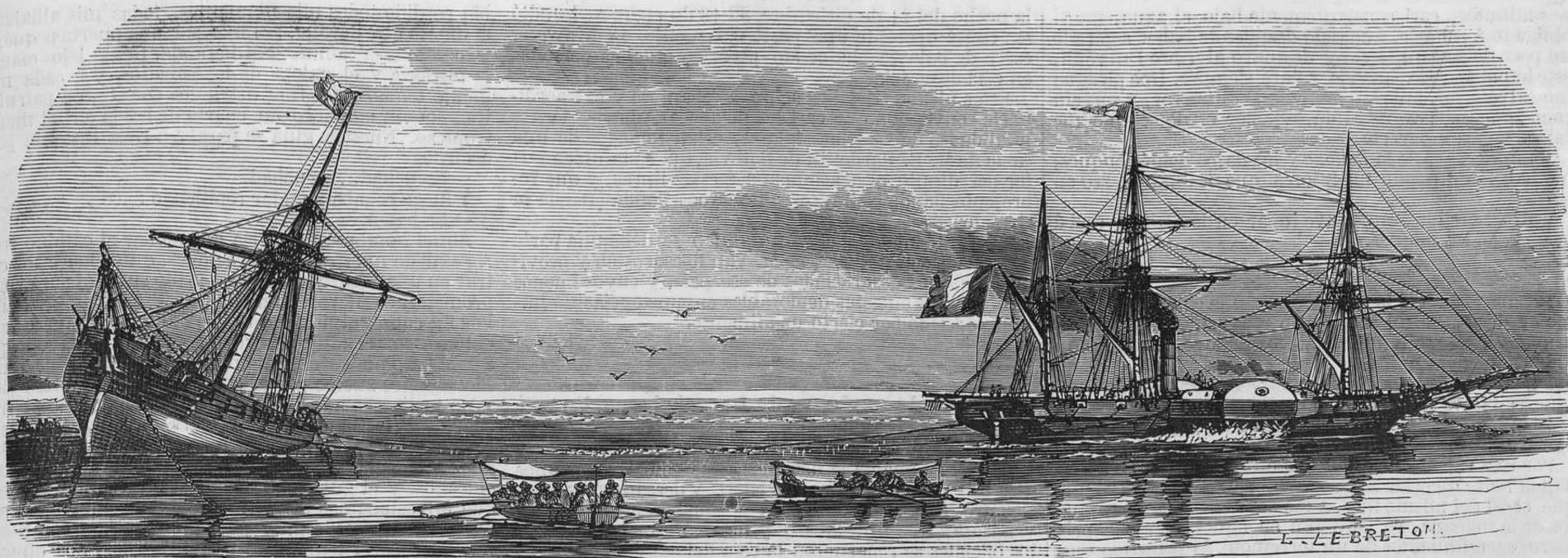
Al día siguiente había calma. El 25 por la mañana se echó al agua una chalupa mandada por M. de Argouges, para ir á pedir auxilio á Santa María, donde debían hallarse el *Victor* y el *Caimán*, y al cabo de treinta horas de mar, la chalupa pudo dar con esos buques, que se disponían ya á salir.

Llegados al sitio del naufragio, el *Victor* y el *Caimán* trataron de sacar á la *Indiana*, y en efecto, M. Cormier, capitán del vapor, logró llevar á buen fin esta empresa difícil.

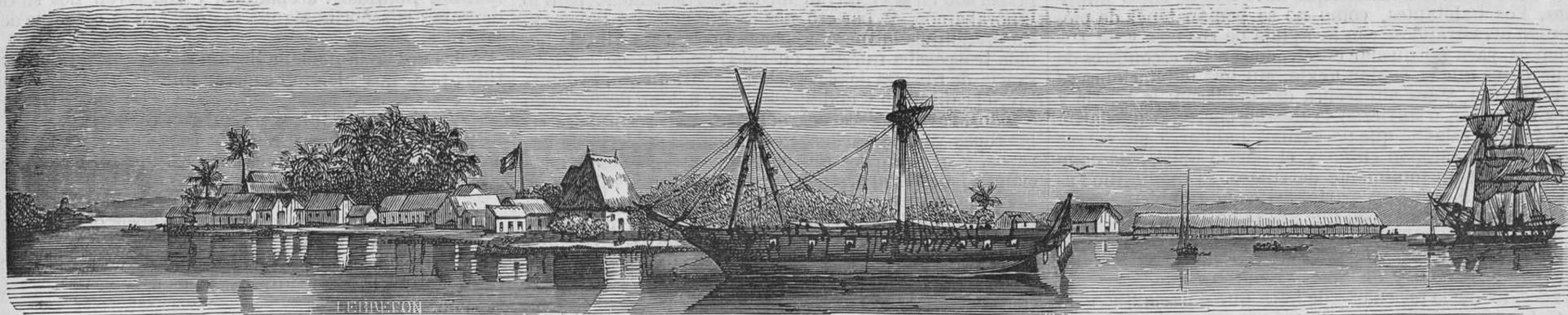
La *Indiana* entró, pues, en Santa María, habiendo salvado casi todo su material. Todos los oficiales y mari-



Desarme de la *Indiana* en Amboombatou.



La Indiana sacada de la costa por el Caiman.



El islote Madama, en Santa Maria de Madagascar.

neros que estaban á bordo se comportaron como era debido; pero debemos hacer particular mención de M. de Argouges, que estaba por todas partes haciendo ejecutar las órdenes del capitán.

La parte principal de los elogios le toca al capitán Protet, que en medio del peligro conservó una sangre fría que alentó sobremanera á toda la tripulación. A sus acertadas órdenes se debe el que no se haya perdido un solo hombre, y que el Estado posea aun el buque que mandaba aquél.

Es casi milagroso que no haya perecido la *Indiana* en aquel espantoso huracán.

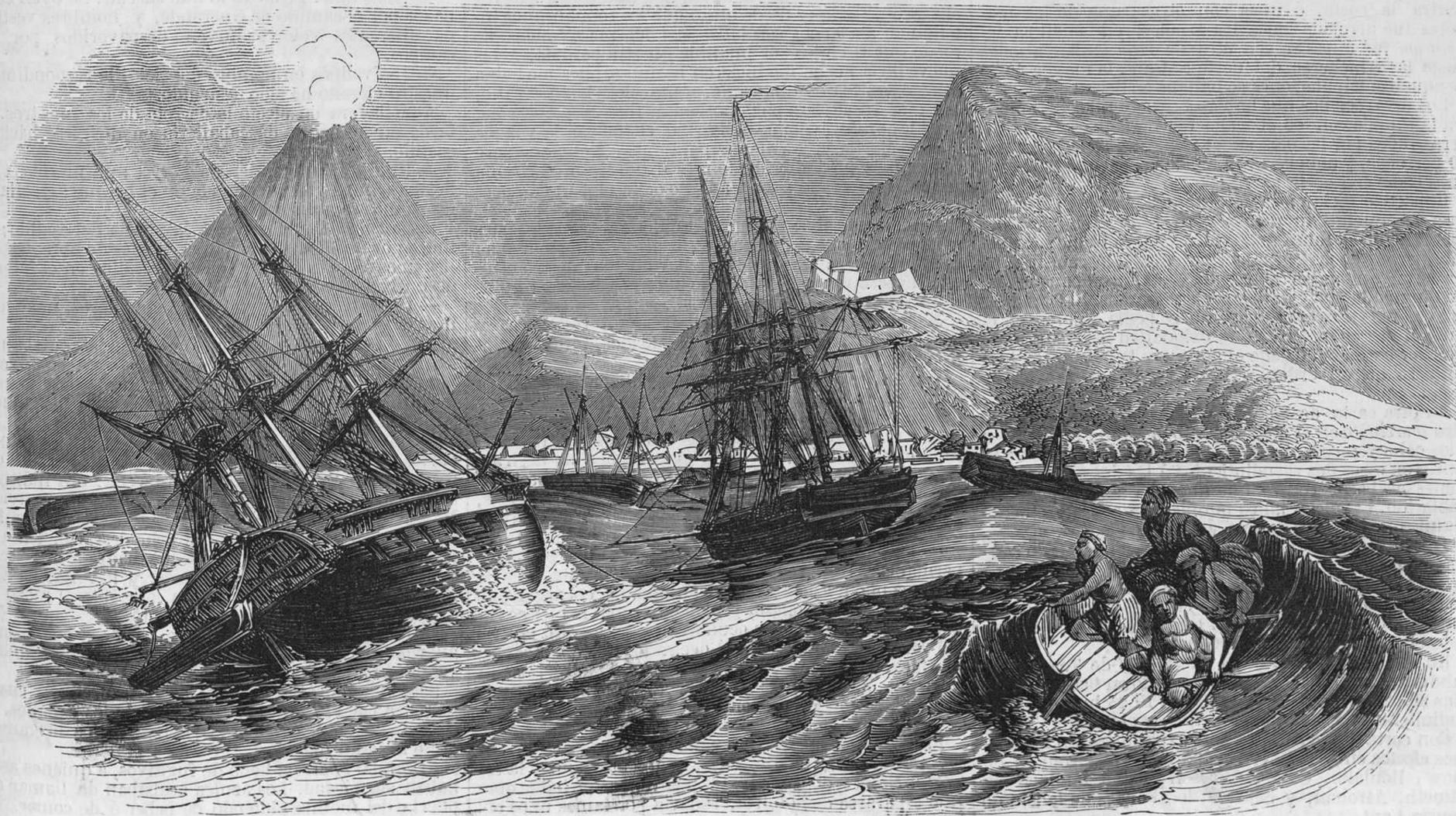
Este hecho marítimo aconteció en Amboumbatou sobre

la costa E. de Madagascar, cerca de la bahía de Outongil. En Santa María se sintieron también algunos efectos del terrible huracán del 23 de diciembre. Ha habido árboles y casas que se han venido abajo; pero sobre todo en la costa de Madagascar, á la vista del sitio en que zozobró la *Indiana*, nada ha quedado en pié. Ninguna tormenta de nuestros mares de Europa puede dar una idea de las ráfagas de viento que cruzan á veces por el Océano indio: por fortuna, esos formidables fenómenos no son frecuentes.

Uno de los miembros del estado-mayor de la *Indiana* M. Dubreuil, empleado en la administración, se libró de la muerte en aquel trance fatal, para morir pocos

días después en las aguas de Santa María. Sobre esta desgracia copiamos lo que sigue de una carta fechada en Santa María á 28 de enero, y escrita por M. E. Normand:

« El 17 de este mes, dice la carta, me dí á la vela en mi canoa, con ese pobre mozo, de las aguas del islote Madama, en la aldea de Amboutofots. Hacia un viento bastante fuerte, y la mar estaba alborotada. Al acercarme á la barra que hay entre las rocas de Santa María, la canoa se llenó de agua y zozobró. Mi desgraciado compañero no sabía nadar, y mis esfuerzos y los de mi criado fueron impotentes para librarle de las oleadas que habia en aquel sitio. Al cabo de una lucha de algu-



Efecto de un terremoto en las islas Molucas.

nos minutos, casi constantemente bajo el agua, me ví obligado á soltarle, y cuando despues de haber aspirado un poco de aire quise coger de nuevo al pobre Dubreuil, este habia ya desaparecido y para siempre. Una piragua me salvó á mí, aniquilado, helado de horror, y casi sin conocimiento, porque es de suponer el dolor que me causaría esta desgracia.

» Los oficiales de la *Indiana* y los de los demás buques, me han manifestado un interés que les agradezco en extremo.

» Este horrible drama tuvo lugar en la rada, y casi á la vista de los buques. »

Pasemos ahora á la narracion de una catástrofe, ó por mejor decir, de un cataclismo mas general y de mas gravedad, contra el que debia estrellarse inútilmente todo esfuerzo humano.

Por una coincidencia singular, la carta de Batavia que recibimos con una vista de Banda Neira, que es el sitio que mas ha padecido en esta desgracia, está fechada tambien el 28 de enero último.

Por una carta de 30 de noviembre del presidente de Banda Neira dirigida al gobernador de Batavia, se supo que el 26 del mismo mes, á las ocho ménos diez minutos de la mañana, se sintieron en aquel lugar los primeros sacudimientos de un terremoto. Al principio esos sacudimientos eran verticales, pero cesaron luego, y sobrevino otra convulsion que levantaba la tierra con una especie de movimiento ondulatorio por la direccion del N.-O. al S.-E., convulsion que duró mas de cinco minutos. Los habitantes, como no se podian tener de pié, huian arrastrándose con la ayuda de sus piés y de sus manos, para no quedar enterrados en los escombros de sus casas que se venian abajo. Muchas habitaciones se arruinaron, y los almacenes del gobierno, la iglesia y los cuarteles, ó sufrieron la misma suerte, ó quedaron en tal mal estado, que no podian habitarse sin correr peligro. El Kampon chino y el barrio malés, llamado *Zonnegat* están totalmente derruidos. El montecillo Papenberg se hundió en parte, así como tambien el palo de las señales y las casas que allí se hallaban.

No ménos terrible fué este terremoto en Groot-Banda; todos los plantíos y viviendas están arruinados. Los distritos de *Lonthoir* y de *Salamee* son los que mas han padecido. Hacia un cuarto de hora que parecia que todo estaba ya acabado, cuando vino la mar á finalizar la obra de destruccion que la tierra habia comenzado. Una espantosa marea que hasta la hora de las diez se fué aumentando sin cesar, inundó tres veces Banda y Banda Neira, destruyendo lo que aun quedaba en pié, y arrastrándolo todo en su retirada. El agua que habia inundado la ciudad habia llegado hasta el monte donde se halla el fuerte Bélgica, y su retirada era tan rápida que, cada vez, se quedaba llena de peces. Los habitantes huyeron á las alturas donde habian construido algunos cobertizos de verdura para resguardar allí á las mujeres y á los niños de los ardores de un sol tropical. De las observaciones hechas á bordo del bergantín *Haan* (el tiburón), capitán Van Roemer consta que el nivel del mar habia variado de unos 26 piés de altura.

En la rada habia 36 *praws* de las islas de *Keij*, de *Ceram* y de *Saaro* con 680 hombres, que fueron sumergidos en parte por la fuerza del mar, que las hacia chocar contra la costa, ó unas con otras; una de las mayores fué arrojada hasta los árboles, y la chalupa del *Tiburón* fué á parar con otra de esas embarcaciones hasta las trincheras del fuerte Natsan, la mayor parte de aquellas tripulaciones se hallaba en tierra.

Los desgraciados que habian buscado un refugio contra la inundacion en el techo del desembarco, fueron arrastrados por las olas en el reflujó; perecieron unas 60 personas, y aquella misma tarde se encontraron muchos cadáveres en la playa.

Imposible seria pintar las angustias y la consternacion de aquellos infortunados sin asilo y sin pan, que ignoran aun si habrá finalizado aquel horrible cataclismo, porque en las 24 horas siguientes á la catástrofe se sintieron quince sacudimientos mas, acompañados de un mugido lejano y de detonaciones sordas. El 26 el mar estaba mas sosegado, pero no se podia habitar en la ciudad, por el mal olor que exhalaban los cuerpos extraños que habia dejado el agua en la ribera. Al instante se dieron órdenes para desaguar y limpiar la costa.

En otra carta de 25 de diciembre se dice que hubo otro terremoto en el mismo punto el 23 del mismo mes á las ocho y media de la noche, y que el sábado 24 se sintieron otros dos sacudimientos á las dos y media, los cuales acabaron con lo que quedaba aun en pié en la poblacion. El volcan lanzó tambien en aquel momento algunos fragmentos de lava y muchas piedras.

Tambien han sido sumergidos ó han zozobrado contra las habitaciones de la costa, un crecido número de *praws* que se hallaban en la rada, así como otra porcion de embarcaciones que estaban en Goram. Muchas personas han perdido la vida en esta catástrofe, y se calcula que han naufragado 400 *praws*.

En fin, por otra carta del presidente de Ternate, se sabe que ese mismo terremoto se sintió en Badjan en los dias 25, 26, 27 y 28 de noviembre. El 25 hubo tres sacudimientos, el 26 cinco, el 27 tres, y el 28 uno.

Con corta diferencia, se han experimentado los mismos efectos en Amboine, en Saporona, en Haroukon, en Tiow, Honlialio, Oma y Wasson, como tambien en Otmeth, Atrohan, y Seniton, localidades de la isla de Naussa-Lant.

En Batavia hubo tambien un fuerte sacudimiento en

la noche del 21 de diciembre. El 18 de enero se hundió sin causa aparente una parte del monte de Krawang cerca de Batavia, habiendo perecido muchas personas en esta desgracia.

Estos últimos detalles sobre la espantosa y extraordinaria convulsion que casi ha dejado arruinadas tantas localidades de las islas Molmas, están tomados de una carta de M. E. Hardouin de Batavia, que es tambien autor del dibujo que acompaña á estas líneas, y que representa Banda Neira, cerca de Groot Banda (Banda la Grande).

El presidente de Batavia, á quien se debe una parte de estas tristes noticias, es M. Van Rees, sosten y providencia de los desgraciados de ese país, y cuyos buenos sentimientos en estas deplorables circunstancias no habrán carecido por cierto de alimento.

#### Fuga de madama de Larochejacquelin

DESPUES DE LA DERROTA DEL EJÉRCITO DE LA VENDÉE.

Me parece (habla la heroína), que solo eramos unos diez mil : nos detuvimos en Niort, y descansamos veinticuatro horas. El desórden continuaba entre los pocos vendeanos que quedaban, y llegó á tal extremo, que los oficiales se repartieron la caja del ejército.

Deseabamos dirigirnos á Redon, aunque temiendo comprometernos en la estrecha y larga calzada que conduce á dicho pueblo. Los republicanos no habian preparado en él el menor medio de resistencia; pero lo ignorabamos, y por eso nos encaminamos á Savenay. Emprendimos la marcha por la noche: una lluvia helada traspasaba nuestros cuerpos; nada puede dar idea exacta de nuestra desesperacion y abatimiento. El hambre, el cansancio y el despecho nos habian desfigurado á todos. Para guarecernos del frio, ó en reemplazo de las ropas ya destrozadas, nos habiamos cubierto de harapos, y al mirarnos mutuamente, apénas nos reconociamos bajo las apariencias de tan profunda miseria.

Yo me habia vestido de aldeana, llevaba en la cabeza una capucha de lana color de violeta, é iba envuelta en una manta vieja y en un pedazo de paño azul, cruzado sobre los hombros y el pecho. Tenia puestos tres pares de medias de lana, y unas babuchas verdes, sujetas con cuerdas, abriganaban mis piés. Iba sin guantes: la silla de mi caballo era de un húsar. M. Roger-Moliniere iba con turbante y pelliza, prendas que habia cogido en el teatro de la Fleche. El caballero de Beauvillers se habia envuelto en un traje de procurador, y se adornaba con un gorro de señora sobre otro de lana. Por último, madama de Armaillé y sus hijos iban cubiertos de guñapos de damasco amarillo.

M. de Verteuil habia perecido combatiendo, ataviado con dos zagalejos: se batió un dia entero vestido de mujer.

Los republicanos seguian de cerca al ejército de la Vendée. Detúveme un instante en una granja con mi madre para pedir de comer; pero divisamos á los húsares, y tuvimos que reunirnos á escape con los nuestros. Entramos en Savenay, cerramos las puertas, y al punto empezó el fuego. Esto no obstante, trascurrió el dia sin que el ataque se formalizase, pues solo se presentó una vanguardia enemiga, que nuestras tropas rechazaron. Creimos desde luego que los republicanos intentaban atacarnos con todas sus fuerzas reunidas, de modo que tuvimos por infalible nuestra pérdida. A las nueve de la noche me hicieron levantar, pues me habia echado vestida en una cama, y me colocaron á caballo, sin que yo supiese por que causa. Iba ya á apearme, pues ignoraba á donde dirigirme, cuando oí la voz de M. de Marigny. Le llamé para saber noticias; pero echando mano á la brida de mi caballo sin proferir una palabra, me condujo á un ángulo de la plaza: entónces me dijo:

— Todo se acabó: estamos perdidos sin remedio, pues es imposible que podamos resistir al ataque de mañana: dentro de doce horas quedará exterminado nuestro ejército. Espero morir defendiendo nuestra bandera: huid, salvaos durante la noche. Adios... adios.

Me dejó, dicho esto, sin aguardar mi respuesta, y poco despues le oí arengar á los soldados, infundiéndoles valor.

Volví al lado de mi madre, que se hallaba acompañada de mi padre. El abate Jagault la proponia tomar por guía á un hombre de la poblacion que parecia seguro, y que nos ocultaria en casa de unos buenos aldeanos. Entónces referí á mi padre lo que acababa de decirme M. de Marigny; consintió en lo que se la aconsejaba, pero mi padre, con la cabeza apoyada en sus manos, apénas podía hablar: por último, convino en que debiamos tomar aquel partido.

— En cuanto á mí, añadió, mi deber me prescribe permanecer con el ejército mientras este exista.

Nos confió á los cuidados de M. Jagault, encargándole que no nos abandonase, y pidiéndole que le hiciese saber el punto en que nos ocultásemos. M. Jagault le ofreció volver al dia siguiente á decirselo. Nos disfrazamos de aldeanas bretonas, y abrazamos á mi padre. Nos era imposible hablar, y las lágrimas nos ahogaban. Mi padre me dijo con grave acento:

— Nunca te separes de tu desgraciada madre.

Estas fueron sus últimas palabras.

A media noche partimos con el abate Jagault y la señorita Marnet, doncella de mi madre, que no habia querido separarse de nosotros. Todavía poseiamos unos sesenta luisés y varios asignados realistas, porque despues del paso del Loira, entré Várades é Ingrande, ha-

bia perdido todos mis diamantes, todas mis alhajas y el dinero que llevaba. Salimos por una puerta pequeña, y tomamos el camino de Guerande. Desde léjos oíamos la fusileria y el galope de los caballos, y á cada momento temiamos vernos detenidos por alguna patrulla. Hicimos sin embargo un cuarto de legua sin el menor tropiezo. Nuestro guia se paraba á cada instante para decirnos:

— Escuchad... escuchad.

Y luego echaba á andar repitiendo:

— Se baten.

Aquel hombre no queria abandonar el camino real. A pesar de nuestras observaciones, quiso hacernos entrar en una casa, y mi madre le dió su reloj para comprometerle á llevarnos mas léjos. Estaba embriagado. Por fin conseguimos que dejase el camino á un lado, y entónces nos condujo atravesando campos, de modo que á cada paso nos encontrabamos con fosos llenos de agua. Llevabamos zuecos por la primera vez de nuestra vida y no podiamos andar. Tuvimos que detenernos á tres cuartos de legua de Savenay, pues no teniamos fuerzas para caminar mas, y nuestro guia se caia de embriaguez y de sueño. Entramos pues en la morada de unos aldeanos, y el guia se durmió al punto, diciéndonos que allí estabamos bien. Entónces conocimos que nos habiamos apartado muy poco del camino real. Nuestros huéspedes, temblando por sí mismos, nos ofrecieron hacernos conducir al castillo de Ecuraye, cuyo dueño habia emigrado. Un aldeano, encargado de sus tierras, lo habitaba con su familia. Dijéronnos que era hombre honrado: aceptamos, y una jóven nos sirvió de guia: la señorita Marnet se quedó en la casa que dejabamos.

A las dos de la mañana llegamos á la puerta del castillo, pero nos hicieron esperar mucho. Mi madre me dijo:

— Voy á morir aquí, si no quieren recibirnos.

Púseme de rodillas y rogué á Dios que no nos negasen la hospitalidad que buscabamos. Por fin nos abrieron.

— Aquí teneis unos brigantes que se han acogido á nuestra casa, dijo la jóven; pero ya sabeis que vivimos muy cerca del camino.

— ¡Infelices! exclamaron el aldeano y su mujer. Entrad, entrad: todo lo que tenemos está á vuestro servicio.

Hicieron que nos calentásemos; secaron nuestras ropas, que estaban empapadas, y nos dieron de comer: querian que nos acostásemos, pero temiamos que se nos persiguiese.

Aquel hombre benéfico se llamaba Ferret, y estaba loco de contento por haber socorrido en su casa á unos vendeanos. Nos dijo que todo el país ardía en deseos de levantarse, y que muchos jóvenes habian ido armados á Savenay para reunirse al ejército realista. No concebía porque huíamos nosotros: no nos atrevimos á decirle que todo estaba perdido, pues tuvimos recelo de que esta noticia cambiase sus buenas disposiciones: manifestámosle únicamente que estabamos enfermas.

Al cabo de un rato nos echamos en unas camas y el cansancio cerró nuestros ojos. A las ocho de la mañana nos despertó el estampido del cañon, y al mismo tiempo entró Ferret en el cuarto gritando:

— ¡Dios mio! ¿Qué es lo que sucede? Se oyen cañonazos por el camino de Guerande, y hombres vestidos de diferentes colores huyen despavoridos por los campos.

— ¡Salvadnos en nombre del cielo! le respondimos: nuestro ejército ha sido destruido.

Aquella era en efecto la derrota de los nuestros. No tardaron los azules de caballería en dirigirse hácia el castillo.

— Huid, dijo la mujer de Ferret: mi marido va á llevaros á una granja, situada en el bosque: en ella estaréis mas seguras que aquí.

Los húsares llamaban ya á la puerta del castillo; salimos por otra escusada, y tres cuartos de hora despues llegamos á la granja de Lagrée, escondida en el interior de un bosque espeso.

— Os traigo, dijo Ferret á sus moradores, unas infelices mujeres que he salvado.

Allí habia varios aldeanos que se lamentaban de nuestra derrota, y que habian cogido ya sus fusiles para unirse á los vendeanos; compadeciéronse pues de nuestra suerte y nos mostraron mucho realismo y buena voluntad.

Los húsares, sin embargo, se esparcian por todas partes: la mujer del dueño de la granja decidió que con el objeto de prevenir toda sospecha, era indispensable que nos separásemos: en consecuencia envió á M. Jagault al trabajo con los labradores: estaba enfermo, y como habia caminado mucho descalzo, tenia los piés chorreando sangre. Puso á mi madre á hilar cerca del fuego y en un rincon oscuro, y llevándome á un molino de viento separado de la casa, dijo al mozo encargado de él:

— Renaud, aquí te traigo una hermosa insurgente; guárdamela bien, y si llegan los azules, les dirás que ha venido á moler su grano.

Sentéme sobre un saco, y así trascurrieron cuatro horas. A cada instante oía el galope de los caballos, los tiros de fusil y los gritos de ¡Detened á los brigantes! ¡Que mueran todos!

El campo aparecia lleno de fugitivos, á quienes asesaban sin piedad. Los azules acababan de llamar á la puerta del molino pidiendo de beber ó de comer. Renaud les contestó que nada tenia: hablé un rato con este honrado mozo, que me tranquilizó y procuró con

solarme, refiriéndome muchas particularidades de nuestro ejército: por último me preguntó quién era yo, y le dije que mi madre era viuda de un mercader de Chatillon. Solo á Ferret habíamos confiado nuestro secreto. Por la noche paró Renaud su molino y me llevó á la granja de Langrée, donde me acosté vestida, con mi madre.

Al día siguiente tuvimos que dispersarnos de nuevo. Mi patrona me presentó por la mañana al alcalde, y á la vuelta encontré dos soldados que iban á todo escape, pero que se detuvieron para hacernos gritar: ¡Viva la república! Al principio temblé; pero no tardé en conocer que eran dos oficiales vendeanos que procuraban salvarse de aquel modo. Despues de comer me llevaron á casa del procurador, y su mujer dijo que me enviaria á cuidar del rebaño con su hija. Me figuré que iban á confiarme á una niña; pero pronto se me presentó una robusta jóven de veinte años, con su garrote, segun costumbre de la Bretaña, donde nunca salen de sus casas los hombres ni las mujeres sin aquella arma.

—Vamos, Mariana, ahí tienes la insurgente, le dijo la madre.

—Nada temais, contestó ella, pues la guardaré bien y moriré antes que abandonarla. Si se presenta uno solo, daré de él buena cuenta con mi palo.

Fuíme con la buena Mariana; esta jóven nos ha sido desde entonces muy adicta.

Por la noche volví á Langrée, y despues de algunos dias nos establecimos en casa del padre de Mariana. M. Jagault continuaba trabajando con los aldeanos; le llamaban Pedro, á mi madre María, y á mi Juana. Vivíamos en una pequeña aldea, cuyos habitantes eran realistas y muy hospitalarios: las aldeas vecinas anticipaban de las mismas opiniones políticas; pero á la izquierda del camino real de Guerande los paisanos eran republicanos, y mataron á todos los fugitivos de nuestro ejército que entre ellos buscaron asilo.

Yo estaba abatida por lo mucho que habia padecido, y mi madre me cuidaba con la mas exquisita ternura. Su prudencia apartaba de mí los peligros que yo era incapaz de evitar, y su presencia de ánimo me salvó veinte veces la vida. Con objeto de atender mas á mi seguridad, y notando que se acercaba la época de mi parto, se valió de una estratagemata. Dos aldeanas de la Vendée se habian casado con dos bretones, y desde entonces nadie se metia con ellas: mi madre escogió á otro, llamado Pedro Riallo, viudo con cinco hijos; pero se necesitaba una fe de bautismo que debia proporcionarme la hermana de Ferret, establecida con su hija al otro lado del Loira. Todo iba á arreglarse satisfactoriamente, y el escribano de la municipalidad estaba en el secreto; los azules debian asistir á la comida de mis bodas; pero se suspendió la ejecucion de este proyecto, porque recibimos la noticia de que nos habian denunciado, y de que se nos buscaba con ahinco.

Mudamos de domicilio, y nos separamos.

Al cabo de algunos dias volví á casa de Gouret. Empezaba á sentir vivos dolores; pero no creia haber cumplido el término de mi embarazo, y no queria que se llamase á la comadre, porque era muy charlatana. Nadie habia á mi lado que pudiese auxiliarme; por último, se avivaron tanto mis dolores, que no podia darme de mi próximo parto. Mi madre salió á buscar quien me socorriese, y cayó accidentada en el campo. Las dos hijas solteras de Gouret estaban conmigo llorando y sin saber lo que hacer. Yo sufría con ánimo y resignacion, pues la vida me era ya insostenible, y deseaba morir. Al fin di á luz una niña, y pocos momentos despues otra, sin el menor auxilio. Una mujer casada que llegó casi al mismo tiempo, enviada sin duda por la Providencia, recogió á las criaturas, y me cuidó. La comadre se presentó cuando ya no la necesitábamos.

Yo no habia hecho el menor preparativo, pues me parecia que no debia parir tan pronto, de modo que hubo que arropar con harapos á mis niñas: quise criarlas; pero mi madre se opuso, y una prima de Mariana fué su nodriza. Tres dias despues las bautizó en mi aposento un sacerdote, y recibieron los nombres de Josefina y Luisa. Hubo cuatro testigos de la ceremonia; se escribieron las dos fés de bautismo en unos platos de estaño con un clavo, y se enterraron dichos platos. Di gracias infinitas á Dios porque habia permitido que quedase en la tierra una prueba de la familia á que pertenecian mis desventuradas hijas. Pasamos un mes con tranquilidad. La cabaña que habitábamos estaba al parecer abandonada, y nunca se presentaban en ella los azules.

Despues de muchos dias se notó que Josefina tenia una muñeca dislocada: esto me causó el mayor sentimiento y resolví llevarla, cuando fuese algo mas crecida, á Barges, aunque tuviese que mendigar. Este proyecto no me parecia irrealizable, pues ni abrigaba la menor esperanza ni idea del porvenir: nada sabia tampoco de lo que ocurría en Francia; me veía proscrita y miserable, y tenia el alma demasiado abatida para creer que mi situación pudiera cambiarse. Pero Josefina murió muy pronto, y me dieron esta noticia sin prepararme á ella, lo cual me costó una enfermedad. La hija menor de Gouret entró en mi cuarto, y me dijo:

—Vuestra hija del bosque Divet ha muerto.

Me sobrecogí y contesté temblando:

—Es mas dichosa que yo.

Madama de Larochejacquelin dejó al fin á los buenos aldeanos que la habian dado la hospitalidad, para retirarse con su madre al Dereueuf. Allí esperó la amnistía que llegó á concederse á los vendeanos.

Cuando Federico rey de Prusia mandó edificar el castillo de Sans-Souci, se encontraba un molino que impedía la ejecucion de su plan, y mandó preguntar al molinero cuanto queria por él.

El molinero contestó que hacia muchos años que su familia poseia aquel molino, que habia pasado de padres á hijos, y que no queria venderle. El rey hizo que le rogaran todo lo posible, y le ofreció que además de pagarle lo que quisiera por el molino, le mandaria hacer otro en otro sitio mejor; pero el paisano insistió en conservar la hacienda de sus padres. Irritado el rey, mandó que se presentara, y muy encolerizado le dijo:

—¿Porqué no quieres venderme el molino á pesar de las ventajas que te ofrezco?

El molinero repitió todo lo que hemos dicho.

—¿Sabes, continuó el rey, que puedo apoderarme de él sin darte un cuarto?

—Seria fácil si no existiera la cámara de justicia en Berlin.

El rey quedó extremadamente complacido con esta respuesta, pues vió que no le creian capaz de cometer una injusticia.

Dejó tranquilo al molinero, y cambió el plan de sus jardines.

Un soldado prusiano que se embriagaba con frecuencia, fué acusado y convicto de haber blasfemado, proferido injurias contra el rey, y haber hablado mal de los magistrados, de la ciudad donde estaba de guarnicion. Los magistrados que querian vengarse de él, pronunciaron una sentencia severa, condenándole como reo de lesa majestad divina y humana, y enviaron á la aprobacion del gran Federico. El rey escribió lo siguiente.

«Si este bribon ha blasfemado, Dios le perdonará; por las injurias dichas contra mí, yo le perdono; pero por haber hablado mal de los magistrados, le condeno á veinticuatro horas de arresto.»

#### Boletín científico.

ASTRONOMIA: Historia de la planeta Marte. — INDUSTRIA: El aire considerado como fuerza motriz. — NECROLOGIA: Orfila.

La experiencia ha acreditado que M. Arago no solo es el primero de los sabios del siglo, sino el mas infatigable de los sabios, pues apenas pasa una sesion en el Instituto sin que este hombre eminente tenga alguna revelacion que hacer, alguna investigacion que anunciar ó alguna memoria que someter á los amantes de la ciencia. Ultimamente ha ofrecido hacer importantes disertaciones acerca de los planetas, y para probar que sus promesas no serán ilusorias, ha dado principio á su tarea exponiendo, en una de las últimas sesiones del Instituto, la historia del planeta Marte cuya constitucion física se parece mucho á la de la tierra. Epondremos algunos detalles recogidos en esa brillante improvisacion del sabio á quien con fundado motivo dió M. de Cormenin un puesto distinguido entre los grandes oradores.

Los antiguos no tuvieron de Marte una idea muy clara, pues no acertaron á calcular su volumen ni su distancia á nuestro globo, considerándole como un foco de luz roja, moviéndose en un espacio indivisible. El descubrimiento de los primitivos telescopios, si se puede dar este nombre á los anteojos de que hace mas de dos siglos se valian los astrónomos, permitió en 1609 reconocer en Marte fases ménos completas y variables que las de Venus, pero suficientes para alterar constantemente su forma en los dias que no seguian ó precedian inmediatamente á su oposicion. Pero ¿qué forma era esta? Galileo decia en 1620 á Castelli que nada sabia, y Fontana negando de un modo terminante la esfericidad del planeta le daba una forma jibosa, señalando al mismo tiempo algunas manchas en la superficie. La existencia de estas manchas era un hecho indudable, aunque de poca importancia en vista de las observaciones de Fontana que dijo, que dichas manchas eran visibles durante muy poco tiempo. Sin embargo en 1666 Dominico Cassini midió el tiempo transcurrido entre dos vueltas consecutivas de una misma mancha al mismo punto del disco visible y valuó en 24 horas y 40 minutos el tiempo empleado por el astro en su movimiento de rotacion. Vemos, por consiguiente, que la duracion del día en Marte es con corta diferencia igual á la de la tierra; y así lo observó Herschel á pesar de que sus experiencias no bastaron á sacarle de la incertidumbre de algunos segundos que existe aun acerca del movimiento de rotacion de Marte.

Tampoco ha podido fijarse la opinion de un modo positivo sobre la direccion verdadera del eje de rotacion ni respecto del ángulo que mide la oblicuidad del eje de dicho astro en el plano de su órbita. Solo se hace constar que la inclinacion del eje es de 28° lo que manifiesta que las estaciones en Marte tienen mucha analogía con las de la tierra, diferenciándose únicamente en que son mas largas por la razon sencilla de que el año del mencionado planeta es casi doble que el nuestro.

Despues de haber hecho estas observaciones, trataron los sabios de averiguar si Marte presentaba en los polos el mismo achatamiento que otros planetas, consecuencia comun del movimiento de rotacion. Cassini y Maraldi no lo advirtieron, pero Herschel anunció un achatamiento considerable, que valuó en 1/16 y que por consiguiente hacia ovalada la forma del planeta. Schrätter lo redujo á 1/18, en tanto que Maskeline y Bessel lo encontraron enteramente nulo.

La cuestion, como vemos, estaba muy controvertida cuando M. Arago quiso en 1811 asegurarse por sí mismo de la verdad. Elijió para este fin la época en que el astro iba á entrar en su oposicion, y empleando los anteojos de Rochon que tienen por su disposicion particular la propiedad de duplicar la imagen de los objetos, haciendo que estos se muevan ó no á voluntad del observador, trató de ver si este movimiento de las dos imágenes de Marte las mantenía en contacto en todas las posiciones que pudieran tomar la una al rededor de la otra. Se comprende bien, en efecto, que si las imágenes son exactamente circulares, el contacto será permanente, mientras que si son ovaladas, habrá momentos en que se separen ó confundan demasiado, lo que serviria para medir la elipticidad del disco observado. M. Arago en su primera tentativa encontró un achatamiento igual á 1/30, y repitiendo la operacion en 1813, halló que era de 1/31; pero en 1815, 1817 y 1837 no fué posible determinarlo. Mas tarde, en 1843 y 1847 volvió á observarse el achatamiento dando 1/30 el cual segun M. Arago debe aceptarse.

Bajo el punto de vista de la astronomía física, Marte presenta en su superficie, y principalmente en los polos, manchas blancas mas brillantes que el resto. Herschel reconoció que estas manchas variaban siguiendo el órden de las estaciones, como si fuesen producidas por aglomeracion de nieves; pues observó realmente que cuando un hemisferio atravesaba la temporada del estío, la blancura de este hemisferio disminuía considerablemente, y que por el contrario se aumentaba en invierno. M. Arago ha comparado fotométricamente el brillo de estas manchas con el de los puntos situados en las latitudes templadas, concluyendo por inclinarse á la opinion de que son producidas por masas inmensas de agua solidificada á causa del frio, y anunciando que reflejan dos veces mas la luz que el resto de la superficie.

Dirémos algo de las manchas verdes que se advierten en algunos puntos del planeta de que vamos hablando, y que han sido consideradas como vastos mares segun unos, ó como terrenos favorecidos por la vegetacion segun otros. M. Arago cree que estas manchas verdes son producidas por el contraste del color blanco con la luz roja que ofrece el planeta en su conjunto.

Este color rojo es incontestable, pero ¿á qué debemos atribuirlo? Unos pretenden que debe ser producido por la abundancia del ocre en muchos terrenos; otros, como Lambert, presumen que la vegetacion del planeta será encarnada, y otros en fin han invocado el poder absorbente de la atmósfera propia del astro. Bajo este último concepto, es decir, relativamente á la causa del color rojo de Marte, la ciencia está aun reducida á hipótesis que los trabajos de M. Arago contribuirán sin duda á desvanecer, como han desvanecido ya otras emitidas sobre diversos puntos concernientes á la historia de Marte.

— Los periódicos norte-americanos han anunciado al mundo científico la gloria que acaba de adquirir un ingeniero sueco, sustituyendo el aire caliente al vapor como fuerza motriz. Esta sustitucion entrevista hace mucho tiempo no ha podido ser realizada por M. Erikson sino haciendo pasar una doble corriente de aire, para obtener el cambio de temperatura, por un canal lleno de telas metálicas y de fragmentos de metal sumamente divididos. Esta idea que hace un principal papel en la máquina del ingeniero sueco, está apoyada por M. Franchot. En efecto, el estudio del aire, considerado como fuerza motriz, ha ocupado durante diez y ocho años á M. Franchot, y su primer título auténtico resulta de la descripcion de una máquina que insertó en 1836 en el *Diario de la Academia de la Industria*. En esta época M. Franchot epuso la idea del cambio de temperatura entre una corriente de aire caliente y otra de aire frio, cruzando dentro de un mismo cilindro y separándose por medio de hojas metálicas. Dos años mas tarde modificó esta disposicion, haciendo pasar alternativamente cada corriente de aire por el cilindro motor. Con este motivo construyó una nueva máquina que funcionó y que fué examinada por muchos miembros eminentes de la Academia de ciencias. Redactó una memoria nutrida de excelentes datos y de resultados importantes, y la presentó al Instituto en la sesion del 10 de agosto de 1840; pero desgraciadamente la comision nombrada para su exámen no ha dado todavía su informe.

Por fortuna para la ciencia el problema está resuelto; pero ¿no es sensible que el abandono de los individuos del Instituto francés haya privado á M. Franchot una gloria tan legítimamente adquirida por Erikson?

— La berja de la Facultad de medicina cerrada; el gran patio desierto, las cátedras en el silencio, todo manifestaba el sábado 12 de Marzo que era un día de luto para la Facultad. ¿Cuál era la causa? En un aviso manuscrito y pegado á una de las columnas del edificio se leian estas palabras:

«Se advierte á los señores estudiantes, que se han suspendido los actos y cursos de la Facultad con motivo del fallecimiento del profesor, señor Orfila.»

La noticia se difundió súbitamente en todo Paris, y con ella un duelo general. ¿Porqué una sensacion tan unánime en esta pérdida particular á la Facultad? Porque Orfila era de todos los profesores existentes aquel de quien mas se habia oído hablar; porque era el mas conocido en el mundo; porque era el catedrático que tenia mas simpatías entre los discípulos, y porque en fin ha legado á la ciencia importantes trabajos.

Don Mateo José Buenaventura Orfila, digámoslo con orgullo, era español; nació en Mahon el 24 de abril de 1787, siendo hijo de comerciantes medianamente acomodados. Desde sus primeros años hizo ver que habia

nacido para las ciencias; pero su señor padre violentando su vocacion, como sucede con frecuencia, le destinó á la marina, embarcándole en 1802, á la edad de 15 años y en calidad de segundo piloto, en un buque que hacia el cabotaje en las costas de Africa, Sicilia, Nápoles y Cerdeña.

A su vuelta tenia Orfila 18 años; anunció su aficion á los estudios científicos, tuvo la felicidad de ser atendido, y empezó á estudiar la medicina en Valencia donde obtuvo los primeros premios de física y química. Estos primeros triunfos decidieron á la junta de Barcelona á enviar á Orfila á Paris, dándole el mezquino sueldo de seis mil reales anuales para que adquiriese conocimientos que pudiesen mas tarde ser útiles á su patria.

Llegó á Paris el 8 de julio de 1807, y un año despues con motivo de la guerra entre la España y la Francia le suprimieron la pensión; ¿ se puede vivir y estudiar en un país extranjero sin proteccion alguna? Felizmente Orfila tenia un tio en Marsella que le dió 120 francos mensuales hasta que llegó á doctorarse, honor que mereció el 27 de diciembre de 1811, faltándole desde aquel instante los socorros de su tio. Entónces su padre quiso que se volviese á Mahon; pero el jóven Orfila presintiendo su fortuna y confiando en su talento, se decidió á permanecer en Paris y abrió un curso particular de química donde su buena estrella le hizo conocer como discípulos á Beclard, Julio Cloquet y Edwards cuya amistad ha cultivado siempre.

La naturaleza habia dotado á Orfila de una voz privilegiada, y por eso sin duda tuvo hácia la música esa predileccion que dan otros al baile ó á los juegos. Llegó á ser un verdadero artista solicitado en los salones, en los cuales tuvo ocasion de conocer á mademoiselle Lesueur que era una excelente cantatriz, y se casó con ella.

Reconocido Orfila á la junta de Barcelona que le habia facilitado los primeros recursos para estudiar en Paris, hizo la proposicion de ir á la capital del principado á enseñar la química, y no se le concedió lo que solicitaba, no porque la junta no tuviera los mejores deseos, sino porque la guerra la habia privado de los recursos necesarios. Orfila no obstante sometió al rey Fernando un proyecto con el cual hubiera dotado á su patria de buenos profesores de química, y tampoco se aceptaron sus servicios. Este segundo desaire fué el último que recibió Orfila: creyó que en España no se aceptaban sus ideas, y aunque poco despues se le ofreció en Madrid un puesto ventajoso, decidió permanecer en la capital de Francia donde á poco tiempo, en 1816, fué nombrado médico honorario de Luis XVIII, y tomó carta de naturaleza dos años despues.

En esta época era libre de optar entre el ramo lucrativo de la medicina práctica ó la cirujía. Dotado de talento, y golpe de vista que caracterizó siempre su inteligencia, comprendió que en esta senda iba á tropezar con el obstáculo de poderosas rivalidades y tomó decididamente su partido consagrándose á la química

aplicada especialmente á la solucion de los problemas mas interesantes para la medicina, y no le engañaba su vocacion, pues pronto hizo comprender sus raras dotes en esta parte de las ciencias, mereciendo el honor de ser nombrado profesor de medicina legal en Paris, y miembro de la Academia de medicina.

En 1823 con motivo del espurgo general verificado en favor de la rama primogénita de los Borbones, se vió precisado á cambiar la cátedra de medicina legal por

Digámos algo de los trabajos que han contribuido á labrar la gloriosa reputacion de este hombre: en 1811 una *Memoria sobre la existencia del picromel en los cálculos biliares del hombre*.

En 1812 publicó un *Tratado sobre los venenos*, obra en tres tomos, de la cual se han hecho cinco ediciones.

En 1816: *Elementos de química medical*, en tres tomos; se han publicado ocho ediciones.

En 1820 dió su primera obra de *Medicina legal* en cuatro volúmenes: lleva cuatro ediciones.

En 1830 publicó sus *Exhumaciones jurídicas*, obra en dos tomos en que tuvo por colaborador á su cuñado M. Lesueur.

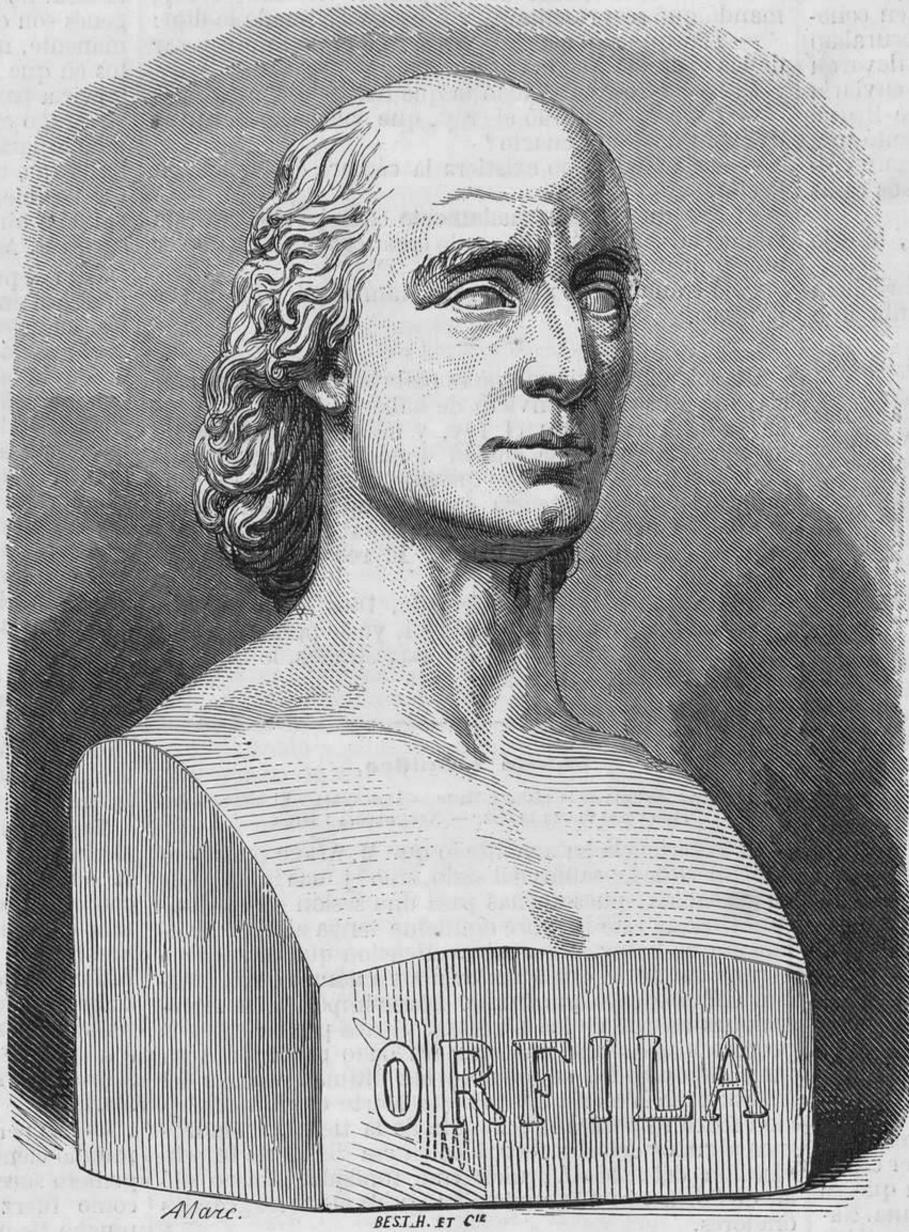
Además ha dado una porcion de memorias sobre el opio, la morfina, el ácido hidrocianico, el sublimado corrosivo, las manchas de sangre, las asfixias por submersion y por suspension, el infanticidio, el envenenamiento por mezclas de sustancias, etc.

En 1830, en fin, llegó Orfila al decanato de la facultad, y en los años siguientes fué miembro del consejo general de hospicios y hospitales, despues del consejo general del departamento, del de instruccion pública; primer médico de cámara de Luis Felipe, oficial, comendador y gran cruz de la legion de honor, interin se le preparaba el asiento de par en el palacio del Luxemburgo.

En merecimiento de tantos honores, de tan elevada nombradía, el decano de la facultad, el célebre catedrático, el escritor eminente, desplegó una fuerza de voluntad y una inmensidad tal de recursos, que cambió, puede decirse, la faz del instituto médico, creando en él el nuevo jardin botánico, el hospital clínico, el célebre museo Dupuytren y la sociedad de socorros médicos; estableció nuevas é interesantes cátedras, reformó y mejoró considerablemente el sistema de enseñanza, formó los mas aventajados alumnos y profesores, y con su ciencia, su fuerza de voluntad, la fuerza de su ejemplo y de su palabra, elevó esta escuela de medicina, la primera del mundo, al apogeo de su gloria.

Ultimamente, no contento con estos servicios científicos activos y personales, ha prestado á la ciencia otros infinitos pecuniarios; el riquísimo museo de Amiens es regalo de Orfila; las academias, los institutos y museos de Paris ostentan tambien sus donativos, y hace poco mas de un mes que resonaban en la academia de ciencias unánimes aclamaciones al oír la cláusula del testamento del sabio profesor, que dejaba ciento veinte mil

francos para premiar las obras mas aventajadas. ¡Donacion espléndida y verdaderamente reja que motivó el acuerdo unánime de la sabia corporacion de colocar el busto de Orfila al lado de los de los hombres eminentes de la ciencia que, muertos ya, han recibido nueva vida del buril del artista! ¡Quién habia de decir que el golpe fatal de la parca estaba tan próximo, y que el grande Orfila no habia tampoco de tener el placer de recibir en vida este testimonio singular de la admiracion y del respeto de sus contemporáneos!



la de química en la cual ha permanecido, habiendo dado todavía el 4 de marzo de 1853 una admirable leccion sobre la potasa y la sosa. El inmenso anfiteatro estaba este dia atestado de estudiantes y profesores, bien agenos de pensar que oian por última vez aquella voz penetrante, incisiva, irresistible, precioso medio de trasmision de una elocucion brillante y de una exposicion metódica, porque la muerte ha herido á Orfila en toda la fuerza y madurez de su talento, en todo el vigor de su elocuencia.....

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. GIRDÈS, CALLE BONAPARTE, 42.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION :

Este periódico sale á luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda: uno de mujer, y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana. . . . .	12	pesos fuertes	Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacífico. . . . .	15	pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba. . . . .	15	»	Para Valparaiso, Santiago de Chile, San Fco de California y el Paraguay. . . . .	16	»
Para Puerto Rico. . . . .	13	30 macuquinos	PRECIO DE SUSCRIPCION PARA LA REPUBLICA MEJICANA		
Para el interior de la Isla de Puerto Rico. . . . .	18	»	PARTE POLITICA, LITERARIA E ILUSTRADA REUNIDAS.		
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme. . . . .	12	pesos fuertes	Para Veracruz y Tampico. . . . .	20	
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes). . . . .	14	»	Para Méjico, Puebla, Jalapa, Córdoba, Orizaba. . . . .	22	
Para la provincia de Cúmana. . . . .	12	75 »	Para el interior de la República Mejicana. . . . .	29	

NOTA. — No se admiten suscripciones á este periódico sino por semestres, principiando en Enero y Julio de cada año. La suscripcion se paga por semestres, y siempre adelantados, sin excepcion alguna. Lo suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de transporte y de correo á los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES:

Londres. . . . .	MM. SIMMONDS.	Cobija. . . . .	MM. ARTOLA y Ca.	Puerto Rico. . . . .	MM. J. M. SANCHEZ ENRIQUEZ.
Nueva York. . . . .	— Eug. DIDIER.	Demerara. . . . .	— Richard HAYNES.	Quito. . . . .	— Alfonso PRIEUR.
La Habana. . . . .	— ROUSSEAU LANGWELT.	Guatemala. . . . .	— P. J. LOSS.	Rio Hacha. . . . .	— J. Manuel GOENAGA.
Arica. . . . .	— BILLINGURST y TAYLOR.	Guayaquil. . . . .	— Alfonso PRIEUR.	San Francisco (California). . . . .	— MASSEY, FINANCE y Ca.
Arequipa. . . . .	— J. Maria REY DE CASTRO.	Laguayra. . . . .	— A. M. MOLLEJAS, casa de los Sres. LAGRANGE y ENGELKE.	Santo Domingo. . . . .	— Dr MORINGLANE.
Asuncion (Paraguay). . . . .	— VASQUEZ CORDOVA.	Lima. . . . .	— José MACIAS.	Santa Maria. . . . .	— Manuel ABELLO.
Buenaventura. . . . .	— SIMONNOT.	Maracaibo. . . . .	— P. CASAU.	San Juan de Nicaragua. . . . .	— Jean MESNIER.
Bogota. . . . .	— CLARMONT.	Matanzas. . . . .	— F. DEVILLE.	Santiago de Cuba. . . . .	— Felipe LAY.
Buenos Ayres. . . . .	— LUCIEN y Ca.	Maturin (Cumana). . . . .	— P. BAUPERTHUY.	Trujillo del Perú. . . . .	— Andres ARCHIMBAUD.
Id. . . . .	— J. C. CORBIN.	Monpos. . . . .	— J. M. PEREIRA.	Santiago de Chile. . . . .	— Pascual EZQUERRA y GIL.
Caracas. . . . .	— Emile PHILIP.	Méjico. . . . .	— BOIX, BESSERER y Ca.	San Tomas. . . . .	— BENEDETTI.
Id. . . . .	— H. P. DE LA VEGA.	Montevideo. . . . .	— A. LAS CAZES.	Tacna. . . . .	— Carlos BASADRE.
Cartajena. . . . .	— J. Maria CANADAS.	Panama. . . . .	— SMITH y C.	Tampico. . . . .	— A. DELILLE.
Cali. . . . .	— THIRION.	Popayan. . . . .	— Rafael ARJITA.	Valencia. . . . .	— Achille LETTERON.
Ciudad Bolivar. . . . .	— A. PESQUERA.	Porto Cabello. . . . .	— Rafael ROJAS.	Valparaiso. . . . .	— Pascual EZQUERRA y GIL.
Cauima. . . . .				Vera Cruz. . . . .	— Juan CARREDANO.